

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA



SEVILLA, 1974

Precio: 150 Pesetas



Publicaciones de la
EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL DE SEVILLA

DIRECTOR: ANTONIA HEREDIA HERRERA.

RESERVADOS LOS DERECHOS

Deposito Legal, SE-25-1958

Impreso en España, en los Talleres de la IMPRENTA PROVINCIAL., — SEVILLA

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA
HISTÓRICA, LITERARIA
Y ARTÍSTICA

PUBLICACIÓN CUATRIMESTRAL



2.^a ÉPOCA
AÑO 1974



TOMO LVII
NÚM. 176

SEVILLA, 1974

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA

2.ª ÉPOCA

1974

SEPTIEMBRE-DICIEMBRE

Número 176

DIRECTOR: ANTONIA HEREDIA HERRERA

SECRETARIO DE REDACCIÓN: JOSÉ MANUEL CUENCA TORIBIO

CONSEJO DE REDACCIÓN:

MARIANO BORRERO HORTAL, PRESIDENTE DE LA DIPUTACIÓN PROVINCIAL.

JOSÉ HERNÁNDEZ DÍAZ.

JESÚS ARELLANO CATALÁN.

FRANCISCO LÓPEZ ESTRADA.

ANTONIO MUÑO OREJÓN.

OCTAVIO GIL MUNILLA.

JOSÉ GUERRERO LOVILLO.

LUIS TORO BUIZA.

FRANCISCO MORALES PADRÓN.

SR. SECRETARIO Y SR. INTERVENTOR DE LA DIPUTACIÓN PROVINCIAL.

ADMINISTRADOR: CONCEPCIÓN ARRIBAS RODRÍGUEZ

REDACCIÓN, ADMINISTRACIÓN Y DISTRIBUCIÓN: PLAZA DEL TRIUNFO, 1.
APARTADO DE CORREOS, 25. - TELÉFONO 223381. - SEVILLA (ESPAÑA)

SUMARIO

	<i>Páginas</i>
ARTICULOS	
GARNICA SILVA, Antonio.— <i>Blanco White en Cádiz</i>	1
ANTÓN SOLÉ, Pablo.— <i>Bibliotecas y bibliófilos gaditanos.</i>	41
GONZÁLEZ JIMÉNEZ, Manuel.— <i>Notas sobre el coste de la vida y la alimentación en Marchena a fines de siglo.</i>	59
HERNÁNDEZ DÍAZ, José.— <i>Estudio iconográfico-artístico de la Virgen del Pino, patrona de Gran Canaria</i>	67
SANZ, M. ^a Jesús, y DABRIO, M. ^a Teresa.— <i>Inventarios artísticos sevillanos del siglo XVIII. Relación de obras artísticas</i>	89
MISCELANEA	
DOMÍNGUEZ ORTIZ, Antonio. — <i>Dos documentos sobre la economía sevillana en el reinado de Felipe V</i>	151
HEREDIA HERRERA, Antonia.— <i>La pragmática de los "Tratamientos y Cortesías": fuente legal para el estudio de la Diplomática moderna</i>	155
LIBROS	
Temas sevillanos en la prensa local (mayo-agosto 1974).	
REAL DÍAZ, Isabel	165
Crítica de libros.	
ALVAREZ SANTALÓ, León Carlos: <i>La población de Sevilla en el primer tercio del siglo XIX.</i> —Antonio Domínguez Ortiz	173
CUENCA TORIBIO, José Manuel: <i>Estudios sobre la Sevilla liberal (1812-1814).</i> —Mariano Peset	174
HEREDIA MORENO, M. ^a del Carmen: <i>Estudio de los contratos de aprendizaje artístico en Sevilla a comienzos del siglo XVIII.</i> —Jorge Bernales Ballesteros	177
JAVIERRE, J. M.: <i>El arzobispo mendigo. Biografía de Marcelo Spinola.</i> —J. M. Cuenca	179
JAVIERRE, J. M.: <i>Sor Angela de la Cruz. Escritos íntimos.</i> —J. M. Cuenca	179

BLANCO WHITE EN CADIZ

En los últimos años se ha suscitado especial interés en torno a la vida y obras de un sevillano ilustre, si no completamente ignorado al menos prácticamente desconocido para muchos. Se trata de José María Blanco y Crespo, *Blanco-White*, como él mismo quiso llamarse durante su voluntario destierro en Inglaterra (1). No es la primera vez que *Archivo Hispalense* se ocupa de este distinguido hijo de Sevilla (2). Lógico, pues, parece que en estos momentos de lo que podríamos llamar el redescubrimiento, o simplemente el descubrimiento de Blanco White, y también ante la próxima celebración en 1975 del segundo centenario de su nacimiento en la calle Jamerdana del barrio de Santa Cruz, las páginas de la primera revista intelectual de Sevilla contribuyan de alguna manera a ilustrar algún aspecto de la vida de Blanco (3). Ciertamente es que Blanco fue para nuestra ciudad, que abandonó voluntariamente, un hijo perdido, un ejemplo claro de aquellas tensiones ideológicas críticamente vividas en la segunda mitad del siglo XVIII, a las que se refería López Lozano en reciente artículo (4). Creo también que muchos sevillanos, tal vez por esta misma razón, no llegarán a comprender,

(1) Blanco era nieto de un irlandés, don Guillermo White, establecido en Sevilla a principios del XVIII. La familia españolizó su nombre haciéndolo Blanco, y es nuestro autor quien a poco de llegar a Inglaterra, como podemos ver en el primer número de *El Español* (Londres 1812), se llama J. BLANCO WHITE, para manifestar su insobornable condición de español, pero al propio tiempo de no extranjero en Inglaterra, a la que Irlanda estaba entonces unida.

(2) En *Archivo Hispalense* se encuentran los siguientes artículos sobre Blanco:

Carta del presbítero Blanco White a D. Alberto Lista, tomo I (1886), pp. 44-46.

Historia de la Academia privada de Letras Humanas de Sevilla, desde su establecimiento hasta el 10 de mayo de 1799, por D. Félix José Reinoso, académico y secretario de la misma, tomo II (1886), pp. 25-175.

SÁNCHEZ CASTAÑER, Francisco, *José María Blanco White y Alberto Lista en las Escuelas de Cristo hispalenses*, tomo XLVII (1965), pp. 229-247.

Reseña de *Cartas de España*, por J. M. Cuenca, tomo LV (1972), pp. 229 ss.

(3) Blanco nació en Sevilla, en la calle Jamerdana, como ha identificado el profesor Llorens, muy cerca de la casa de su amigo Reinoso, el 11 de julio de 1775, y fue bautizado en la desaparecida iglesia parroquial de Santa Cruz al día siguiente. La partida de bautismo se conserva en el archivo parroquial, libro 8 (1725-1778), folio 226 vto. En contra de lo sucedido con sus compañeros, Blanco no ha tenido calle dedicada en Sevilla hasta muy recientemente, en que se le ha dado su nombre a una humilísima y brevísima en el barrio de Bellavista, llamada José María Blanco y Crespo.

(4) J. C. LÓPEZ LOZANO, *Apasionada Semana de Pasión Hispalense*, "ABC", 6 abril 1974.

aunque lo intenten seriamente, la complejidad de su vida y se sentirán muy alejados de su pensamiento. Pero, a pesar de todo, se puede decir con toda verdad que Blanco nunca ha sido completamente olvidado en su ciudad natal: lo muestran las páginas de esta misma revista, a que antes aludíamos, también la biografía del sevillano Mario Méndez Bejarano, que es el primer intento de hacer comprender y estimar a Blanco y aliviarle su sambenito de heterodoxo (5), y especialmente la colección de retratos suyos expuestos en los centros intelectuales más importantes de Sevilla, entre los que destaca el magnífico cuadro, de autor desconocido, que se encuentra en la galería superior de la Facultad de Filosofía y Letras, junto a otros hijos ilustres de esta Universidad (6).

El reciente descubrimiento de Blanco.

No hay duda de que el larguísimo capítulo IV del libro VII de la *Historia de los heterodoxos españoles* marcó, por lo menos hasta que en 1920 apareció la biografía de Méndez Bejarano, con un carácter específico antiespañol y anticatólico la personalidad de nuestro autor sevillano y lo convirtió en "maldito", indigno de ser contado entre los mejores escritores e intelectuales del país. Tal vez más por la interpretación de los que después se limitarían a leer de prisa y copiar las definiciones de Menéndez Pelayo que por expreso designio suyo, porque lo cierto es que, a pesar del juicio francamente desfavorable que Blanco le merece, evidencia no sólo un conocimiento directo y lectura de parte de sus escritos, sino una valoración positiva de algunos aspectos de ellos, y en todo caso un sincero respeto, digno de un intelectual auténtico y escrupuloso.

Después de Menéndez Pelayo, la biografía de Méndez Bejarano tiene el valor de ser otro acercamiento textual directo a Blanco, esta vez a base de un material inédito como su correspondencia privada (7). Una vez más el acceso directo a las per-

(5) MÉNDEZ BEJARANO, Mario, *Vida y obras de D. José María Blanco y Crespo*, Madrid 1920.

(6) Los otros dos están en la Biblioteca Universitaria y en la Academia de Buenas Letras, de la que fue miembro.

(7) El profesor Llorens enjuicia así la obra de Méndez Bejarano: "Libro perfectamente desorganizado, del que podría decirse lo que Menéndez Pelayo dijo de otro de Amador de los Ríos: tan inútil como indispensable. Su valor se reduce casi exclusivamente a los abundantes textos españoles de Blanco que dio a conocer por primera vez; pero aun éstos los reprodujo malamente y a la buena de Dios." (Cfr. JOSÉ MARÍA BLANCO WHITE, *Antilogía*, Edición de V. Llorens, Barcelona 1971, p. 66).

sonas se muestra fecundo a la hora de rectificar prejuicios y aclarar ideas. En este sentido el libro de Mario Méndez Bejarano, escrito con no disimulado afecto, a pesar de sus notables deficiencias es un hito importante en el camino hacia el mejor conocimiento de Blanco.

Pero el verdadero descubridor de Blanco White es el profesor Vicente Llorens, de Princeton University (8). El profesor Llorens ha recopilado durante muchos años una completísima colección de documentos, escritos y cartas de Blanco, que constituyen hoy el fondo conocido como *Papeles de Blanco White* en la biblioteca de aquella universidad norteamericana. Sobre ellos ha podido reconstruir, con objetividad y escurpulosidad, los momentos más importantes de la vida de Blanco, hasta ahora muy imperfectamente conocidos, si es que lo eran del todo. Mientras llega el momento de la publicación de la biografía completa se pueden encontrar los estudios del profesor Llorens en sus libros *Liberales y románticos* (9), *Literatura, historia y política* (10) y, sobre todo todo, en *Antología de obras en español de José María Blanco White*, este último libro publicado en 1971 (11). Tanto la introducción biográfica como la biografía que preceden a la antología propiamente dicha son útiles inapreciables para todo estudioso o admirador de Blanco. En cuanto a la antología hay que decir que por primera vez hizo accesible al lector español las obras que en ella se incluyen, muchas de las cuales además estaban completamente inéditas.

Dos años antes de la publicación de esta Antología, el autor del presente artículo había presentado en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Sevilla su tesis de Licenciatura, con el título de *Sevilla en las Cartas de España de Blanco White* (12), preparada bajo la dirección del profesor López Estrada, en cuyo Departamento de Literatura española se habían iniciado diversos trabajos sobre el siglo XVIII español, a los

(8) Vicente Llorens nació en Valencia en 1906 y abandonó voluntariamente España en 1939. Actualmente es profesor *emeritus* de la Universidad de Princeton, pero pasa los veranos en su casa de Alcarroya, en su provincia natal, donde recibe con cordial hospitalidad a sus amigos y discípulos.

(9) LLORENS, Vicente, *Liberales y románticos*, El Colegio de México 1954. Segunda edición, Madrid, Castalia, 1968.

(10) LLORENS, Vicente, *Literatura, Historia, Política*, Madrid, Revista de Occidente, 1967, que recoge una serie de artículos sobre Blanco y otros temas, algunos de ellos aparecidos con anterioridad en varias revistas, y a veces completados con nuevos datos en esta edición. Otros artículos de Llorens sobre Blanco pueden encontrarse en la bibliografía del libro que citamos en la nota 11.

(11) BLANCO WHITE, José María, *Antología de obras en español*, Barcelona, Labor, 1971.

(12) Fue leída el 13 de septiembre de 1969, en la Facultad de Letras de Sevilla.

que había animado a sus alumnos de sus clases de Literatura española en la nueva especialidad de Filología Moderna. Desde el punto de vista del naciente Departamento de Lengua y Literatura inglesa, originados como los demás de lenguas modernas en el del profesor López Estrada, la misteriosa y controvertida figura de Blanco, a caballo entre España e Inglaterra así como entre los siglos XVIII y XIX, aparecía como espléndido reto para un trabajo de investigación. El proyecto, limitado lógicamente en un principio a un aspecto particular de la obra central de Blanco, se extendió más tarde a la publicación de la edición española del libro completo, que apareció en 1972, al siglo y medio exacto de su original publicación en Londres, con el título de *Cartas de España* (13). El libro fue en general muy bien aceptado, a pesar de las encontradas reacciones que podía suscitar, y figuró entre los "best sellers" de la Feria del Libro de Madrid de aquel mismo año. Sobre él han aparecido comentarios y reseñas en todas las revistas intelectuales del país relacionadas con el tema, así como en las de más largo alcance (14).

Cuando este artículo estaba prácticamente terminado, acaba de llegar a España el anunciado libro de Goytisolo, publicado en Buenos Aires también en 1972, y que consiste en una traducción, al español, de parte de la *Autobiografía* y de las *Cartas de España, o desde España*, como prefiere llamarlas, así como material vario, precedido todo ello de un largo prólogo titulado *Presentación crítica de J. M. Blanco White*, de gran interés, y que contrasta con las introducciones de Vicente Llorens a su *Antología* y a las *Cartas de España* por su evidente carácter personal y "comprometido", e incluso apasionado (15).

Por consiguiente, en el momento presente el sambenito que pesaba sobre las obras de Blanco se puede decir que ha desaparecido y todo español que lo desee se encuentra con tres magníficos libros que le harán conocer de primera mano quién era y qué pensaba José Blanco White, hoy ya menos desconocido

(13) BLANCO WHITE, José, *Cartas de España*. Introducción de Vicente Llorens. Traducción y notas de Antonio Garnica. Madrid, Alianza, 1972. El proyecto fue completado en las universidades norteamericanas de Duke e Indiana, donde el autor de este artículo estaba preparando su tesis doctoral, y donde por otro lado las posibilidades bibliográficas eran mucho más amplias que en España. La ayuda del profesor Llorens en la realización del proyecto fue en todo momento inapreciable y desinteresada.

(14) Será interesante hacer una revisión general de las reacciones suscitadas tal como se desprende de los diversos comentarios aparecidos, y es un proyecto que pretendemos llevar a cabo.

(15) BLANCO WHITE, José María, *Obra inglesa*. Preparada y con un prólogo de D. Juan Goytisolo. Buenos Aires, Formentor, 1972.

en su patria, a la que "a pesar de sus defectos" siempre amó. Además de estos libros tenemos noticias de que se están preparando varias tesis doctorales y de licenciatura sobre Blanco tanto en universidades españolas como extranjeras, que servirán para conocerlo mejor. En Inglaterra ha aparecido recientemente la edición facsímil de su *Autobiografía*, lo cual demuestra que el interés que suscitó cuando se publicó en 1845 en el mundo intelectual de aquel país, sigue todavía vivo.

Cádiz y Blanco.

El lector de Blanco comprobará que hubo tres ciudades que influyeron notablemente en él durante su estancia en España: Sevilla, su ciudad natal, donde vivió ininterrumpidamente desde su nacimiento en 1775 hasta su marcha a Madrid a finales de 1805, y a la cual volvió desde 1809 a 1810 en que se marcha a Inglaterra; Madrid, donde reside de 1805 a 1809, y Cádiz, donde nunca llegó a vivir pero que visitó en varias ocasiones. Sevilla era entonces una ciudad tradicional, muy religiosa sin poder ser llamada puritana en sentido anglosajón porque tanto en el comercio como en la industria vive años de marcada decadencia: en Sevilla se educa Blanco y se hace sacerdote. Cádiz, la ciudad alegre, abierta, liberal, comercial y mundana, le descubre a Blanco lo que hoy se llama el sentido laico de la vida y de hecho sus crisis espirituales y religiosas dentro de la Iglesia Católica están en relación con sus contactos con Cádiz. Y Madrid, donde Blanco descubre su nueva vocación de político y periodista.

En este artículo vamos a examinar las visitas de Blanco a Cádiz usando como fuentes sus propios escritos así como documentos de la época (16). Por el interés que tienen los relatos de Blanco, así como para facilitar el contacto directo con él, los incluimos en el texto de este artículo, aun corriendo el riesgo de hacerlo un poco largo. No nos vamos a encontrar con una guía turística del Cádiz de aquellos años, como tampoco lo son con respecto al país las *Cartas de España*, sino con una visión interior y personal del autor que nos dará a conocer la vida y costumbres de la ciudad. Al propio tiempo veremos sus reac-

(16) En la localización de estos documentos en Cádiz, así como de los grabados que ilustran este artículo, el autor está en deuda de gratitud con su buen amigo D. Pablo Antón, canónigo archivero de Cádiz y firma conocida de los lectores de *Archivo Hispalense*.

ciones ante el estilo de vida gaditano. Todo ello terminará el 23 de febrero de 1810, cuando Blanco sale de España para siempre por el puerto de Cádiz. Por tanto prescindimos de la otra presencia de Blanco en las Cortes a través de sus artículos en "El Español", y las reacciones que provocó, tema digno de detenida investigación.

Blanco tenía parientes cercanos en Cádiz, que por cierto seguían conservando el apellido original White, en contra de los Blanco sevillanos (17). Los irlandeses White habían emigrado a España a principios del siglo XVIII, después de la promulgación de las *Penal Laws* que consumaron jurídica y socialmente la derrota militar de los Estuardos católicos imponiendo duras condiciones a sus partidarios. A consecuencia de ellas muchos jóvenes católicos irlandeses abandonaron su país para encontrar una nueva patria en España. Vinieron juntos tres hermanos White: William, Thomas y Paul, los tres naturales de Waterford. Thomas y Paul establecieron en Cádiz una casa comercial, en tanto que William, el mayor, abuelo paterno de nuestro Blanco, hizo lo mismo en Sevilla. Los White gaditanos y los Blanco sevillanos mantenían cordiales relaciones familiares, aunque no parece que se visitaran con frecuencia.

Primer viaje: verano de 1791.

Es difícil precisar la fecha del primer contacto de Blanco con Cádiz, y como más probable podemos aventurar la del verano de 1791, a los dieciséis años de edad (18). Es un momento importante en su vida porque es la primera vez que sale de su Sevilla natal y se aleja de sus padres. Como podemos leer tanto en la *Autobiografía* como en las *Cartas de España*, don Guillermo Blanco, su padre, hombre de costumbres muy ascéticas, había educado a su hijo mayor de la forma más estricta para mante-

(17) En la *Guía del comercio de Cádiz para el año 1808*, Imprenta Casa de la Misericordia, encontramos los nombres de los comerciantes D. Juan White, domiciliado en calle San Germán, 116, y D. Roberto White e hijos, en Consulado Viejo, 45.

(18) No es posible fijar la fecha exacta porque el mismo Blanco no la recuerda bien. Por un lado, el orden cronológico de la *Autobiografía* parece situar este viaje en el verano de 1794, pero por otro, tanto en la *Autobiografía* como en las *Cartas de España* hay datos para retrasarlo al verano de 1790 ó 1791. En efecto, Blanco resolvió la crisis vocacional originada por este viaje con los ejercicios espirituales que hizo con el P. Vega. El único dato seguro que tenemos para determinar la fecha de los ejercicios es el incidente con su confesor sobre el libro de Muratori que le había prestado su amigo Mármol y que no aparece incluido en el Índice hasta la edición de 1790. Por tanto los ejercicios tienen que ser posteriores a esta fecha. (Cfr. *Cartas de España*, pp. 97 ss., y *Life*, pp. 44 ss.).

nerlo alejado de toda influencia exterior y de todo contacto mundano que pudiera poner en peligro su formación moral. De hecho, hasta los doce años Blanco no había tenido otro trato más que con los miembros de su familia, todos ellos personas mayores —sus dos hermanas y su único hermano eran más pequeños que él— y con los oficinistas del escritorio paterno a donde él acudía diariamente con objeto de prepararse al ejercicio del comercio para el que, como hijo mayor, estaba predestinado.

La declaración de su deseo de ser sacerdote cuando tenía doce años hizo que cambiara el ritmo de su vida. Aunque ha de seguir acudiendo al escritorio todas las mañanas hasta tanto no se compruebe la firmeza de su vocación, sus padres lo envían por las tardes a una escuela de latinidad donde por primera vez en su vida se reúne con muchachos de su misma edad. Sin embargo no puede trabar amistad con ellos: un criado se encarga de llevarlo de su casa a la escuela y de recogerlo allí al final de las clases. El aislamiento social de Blanco se prolonga hasta los catorce años, edad en que los teólogos consultados al efecto confirman la firmeza de su vocación sacerdotal y sus padres lo mandan al Colegio Mayor de Santo Tomás de Aquino para comenzar la formación eclesiástica con los estudios de filosofía.

No parece que el joven estudiante de Santo Tomás se hiciera de muchos amigos entre sus compañeros de colegio. Sus memorias nos lo presentan como un muchacho ansioso de saber y devorador de libros. En este año se leyó los trece volúmenes del *Teatro crítico* y las *Cartas eruditas* de Feijoo, que tenía en su reducida pero selecta biblioteca su tía Ana Gabriela Blanco, hermana mayor de su padre (19). La influencia del espíritu crítico del benedictino será grande en su vida. De momento dará lugar a un enfrentamiento en plena clase con su profesor de Lógica, a consecuencia del cual sus compañeros estuvieron a punto de obsequiarle con un manteamiento colegial (20). Sin embargo, todo terminó felizmente para Blanco porque si bien no pudo acabar el curso en Santo Tomás, en el siguiente, o sea, 1790-1791, era admitido como alumno de Artes en la Universidad de Sevilla, instalada ya en la antigua casa profesa de los jesuitas. En aquel edificio y en aquellas aulas irá cono-

(19) Cfr. *Cartas de España*, pp. 100-102.

(20) Cfr. *Life*, I, pp. 13 ss.

ciendo a Manuel María del Mármol, Manuel María de Arjona, Félix Reinoso, Alberto Lista, y a los demás jóvenes universitarios que más tarde fundarán la Academia particular de Letras Humanas, y que forman una de las generaciones más interesantes de la vida universitaria de Sevilla. Ellos serán además los primeros amigos de su vida (21).

Por estos años tiene lugar su primera visita a Cádiz, bien inmediatamente antes de ingresar en la Universidad o más probablemente al terminar su primer curso en ella, como dijimos más arriba. Así nos lo cuenta en su *Autobiografía* (22):

“Entre los catorce y veintún años, edad ésta en que recibiría el orden del subdiaconado que me ataría a la Iglesia para siempre, en dos ocasiones distintas sentí la tentación de abandonar la profesión clerical (23).

Una artificial separación del mundo y una vida limitada en sus relaciones sociales a un escaso número de personas, todas ellas de costumbres retiradas y ascéticas, me obligaban a caminar día tras día según el camino que señalaban las ideas de mis padres. Pero desde muy joven se había desarrollado en mí una ardiente imaginación, unida a la más decidida inclinación a toda clase de diversiones que la alimentaran. Como pocas ocasiones tenía de pasarlo bien, la menor oportunidad de trato social me llenaba de alegría. Creo que por esta razón me ganaba fácilmente la simpatía de los más jóvenes, como de hecho sucedió con una familia sudamericana, compuesta de una viuda y sus cuatro hijos, que aquella había traído a Es-

(21) Cfr. Alberto LISTA, *De la moderna escuela sevillana de literatura*, en *Revista de Madrid*, I (1838), pp. 251-276, e *Historia de la Academia privada de Letras Humanas*, en *Archivo Hispalense*, II (1886), pp. 25 ss.

(22) La autobiografía a que hacemos referencia fue escrita y editada en inglés con el título de *The Life of the Reverend Joseph Blanco White written by himself with portions of his correspondence*. Edited by John Hamilton Thom. London 1845, 3 vols. No hay edición española, aunque tanto la antología de Goytisolo como este trabajo ofrecen traducciones parciales de lugares relevantes. La autobiografía es una obra miscelánea preparada por el último amigo y confidente de Blanco, y unitario también, John H. Thom. En ella se encuentra en primer lugar la autobiografía propiamente dicha, en la que recuerda su vida en España e Inglaterra, escrita por Blanco entre los años 1830 y 1832; sigue una colección de escritos de carácter literario y religioso, y acaba con parte de su epistolario inglés. El profesor Llorens señala el defecto fundamental de la obra: su carencia absoluta de escritos y correspondencia en español, lengua que desconocía el editor.

(23) La primera de estas dos ocasiones es la que cuenta seguidamente. Aunque no lo menciona Blanco, en Sanlúcar parece que no sólo sintió la atracción del mar, sino también la de una joven sevillana que veraneaba allí y cuyo recuerdo perdurará durante varios años. (Cfr. *Cartas*, pp. 365 ss.). La segunda ocasión, de dudas más serias, es en 1795, con motivo de su segundo viaje a Cádiz, como veremos más adelante.

pañá para su educación. Todos ellos eran excelentes muchachos y hubieran llegado a ser hombres útiles a la sociedad si la tuberculosis no los hubiera arrebatado precozmente antes de cumplir los veinticinco años. Esta familia acostumbraba a pasar el verano en la ciudad costera de Sanlúcar, situada a unas treinta millas de Cádiz. Venciendo no pocas dificultades, los Pastoriza —que así se llamaban— consiguieron permiso de mis padres para que pasara con ellos cuatro semanas junto al mar, el mar, esa maravillosa criatura con que tantas veces había soñado pero que nunca habían podido contemplar mis ojos.

Apenas podía comprender que fuera a gozar de tal ventura: ninguna condición me parecía demasiado dura, ningún precio demasiado alto con tal de satisfacer mis deseos. Si mis padres me hubieran exigido un año entero de ayuno y penitencia a cambio de esta felicidad, no hubiera puesto la menor objeción. Pero la verdad es que sus exigencias fueron muy suaves: ir a misa diariamente y confesarme todas las semanas, condiciones no difíciles de cumplir porque mis amigos observaban escrupulosamente estas mismas prácticas, y como no eran tan inquietos como yo, no había duda de que me ayudarían a cumplir con la rutina de estas devociones.

Pero en el protocolo convenido había un artículo que implicaba exigencias más duras. Mi padre tenía de Cádiz la misma opinión que de la pagana Babilonia. Nuestra ciudad se encontraba libre por aquel tiempo de la abominación del teatro, que el partido *piadoso* —lamento verme obligado a inventar nombres— había logrado mantener cerrado durante muchos años (24). Sin embargo, en Cádiz ir al teatro era diversión acostumbrada entre las clases mejores, algo así como dar un paseo por las murallas —recuerden que la ciudad está casi completamente rodeada por el mar— después del trabajo del día (25). Así que

(24) La suspensión de las representaciones teatrales en Sevilla sucedió con motivo de la epidemia de 1649. Por razones de tipo religioso y moral, al igual que en otros países y ciudades, los teatros estuvieron cerrados hasta 1767, año en que el Conde de Aranda autorizó de nuevo las funciones teatrales dentro de los muros de la ciudad a pesar de la oposición del arzobispo y cabildo municipal. De nuevo se volvieron a cerrar los teatros sevillanos con motivo de la fiebre amarilla de 1800, pero esta vez por poco tiempo. (Cfr. Guichot, *Historia de Sevilla*, tomo IV, p. 459.)

(25) Tres teatros tenía Cádiz por aquellos años cuando en la capital del reino había solamente dos. En el Teatro Principal, obra del arquitecto Benjumeda, se representaban obras en español, y en los otros dos obras francesas e italianas respectivamente. (Cfr. Ramón Solís, *El Cádiz de las Cortes*, pp. 377-379.)

mientras mis amigos pasarían casi una semana en Cádiz yo tendría que quedarme en Sanlúcar con la vieja señora. A decir verdad ellos eran más tranquilos que yo y se les podía dar confianza, puesto que serían capaces de pasar por la puerta de un teatro sin sentir la menor tentación. En cambio a mí el canto de las sirenas me obligaría a volver la cabeza. Por tanto, el único procedimiento seguro para no caer en la tentación era mantenerme a distancia, aunque también estoy convencido de que si me hubieran exigido esta condición la hubiera cumplido. Pero, en fin, como mis padres me habían confiado a la tutela de aquella buena señora, era ella la que habría de decidir cualquier problema de conciencia que surgiera durante nuestras vacaciones.

Con mi corazón latiendo con no menos fuerza que el de Colón al salir a descubrir el nuevo mundo, y con un espíritu no menos inflamado por el espíritu de aventura que el del inmortal navegante, me entregué en unión de mis amigos a la mansa corriente del Guadalquivir, cerca de cuya desembocadura se encuentra la aburrida ciudad de Sanlúcar. En aquel lugar el río se convierte en ancho estuario que se pierde en el próximo océano. Jamás había gozado de la contemplación de espectáculo más extraordinario, aunque el verdadero mar, el inmenso océano, se abría a varias millas de distancia y para desgracia mía no podía acercarme a él. Esta circunstancia me llenaba de pesadumbre, aunque en verdad no debía tener motivo alguno de tristeza si consideraba la dicha de que disfrutaba todos los días. La misa, que no dejaba de ser penosa obligación, no me ocupaba más de media hora. La confesión, otra contrariedad más seria, era sólo una vez a la semana y por otro lado mi vida era demasiado feliz y estaba tan llena de diversiones inocentes como para exponerme a algo de lo que tuviera que acusarme penosamente (26). Al amanecer nos íbamos a la playa para dis-

(26) La confesión fue siempre ejercicio muy duro para Blanco, que sentía irresistible vergüenza en manifestar sus faltas, a lo que se unía el miedo por la amenaza del sacrilegio que se cometía al no decir todos y cada uno de los pecados. En las *Cartas de España* cuenta su agonía de cuatro años por haber callado una falta infantil que él interpretó como pecado mortal. (Cfr. pp. 85-87). Por otro lado, Blanco veía en el carácter de su padre, hombre incapaz de tomar una decisión personal y sometido en todo a la voluntad de su confesor, las consecuencias lógicas de la práctica seria de la confesión. (Cfr. *o. c.*, pp. 80-83). No hay duda de que detrás de lo que dice en este lugar a que nos referimos está presente el recuerdo de su padre.

frutar de la suave brisa que sopla desde tierra en las mañanas de verano. Muchas veces nos llevábamos las escopetas y disparábamos con ellas durante un par de horas en un bosque cercano a la ciudad. En las horas del calor leíamos o nos divertíamos de cualquier manera dentro de la casa. De esta manera el tiempo pasaba volando y se acercaba el final de las vacaciones y con ello la visita que mis amigos tenían que hacer a la ciudad de Cádiz.

Creo que la buena señora se dio cuenta de lo inhumano que era retenerme en Sanlúcar como un prisionero y separarme de sus propios hijos, que no se alejarían fácilmente del amigo que organizaba todos sus juegos. Pero, ¿era lícito mandarme a Cádiz a escondidas y en contra de la expresa voluntad de mis padres? Cuestión espinosa en verdad. Ahora bien, en un país donde la conciencia de cada individuo está en poder de una persona distinta, y así sucesivamente en interminable cadena de rendiciones morales, no es la inmutable disciplina de la determinación personal la que decide el deber, sino que todo lo que se hace es por obediencia a las opiniones de otro, y aun esa misma obediencia no se impone de manera absoluta ya que se encuentra inseparablemente relacionada con la idea de un supremo poder dispensador. Por tanto, si se puede conseguir una opinión favorable a los deseos propios, toda la responsabilidad moral de la acción recae sobre el consejero, y el individuo tiene plena libertad de hacer su voluntad. El consejero, por su parte, al no tener conciencia personal de la acción, tampoco puede tener remordimiento y como lógica consecuencia del sistema, la moralidad del país, salvo el caso de personas excepcionales, carece del firme fundamento de la responsabilidad personal.

Aunque lo que acabo de decir es demasiado serio como para ilustrarlo con el pequeño problema de mi ida o no ida a Cádiz, no hay duda de que se puede aplicar a casos y circunstancias de más trascendencia. Mi padre no podría quejarse de que no se hubieran cumplido sus instrucciones si la señora consultaba a su confesor y éste decidía a favor mío, no aplicando el rigor de la ley sino siguiendo la más suave regla de la equidad o *epiqueya* del caso, como los manuales de teología moral —que no abundan en palabras griegas— designan esta clase de deci-

siones. Para mi ventura el sacerdote se manifestó a favor de una interpretación benigna y se me permitió ir a Cádiz, aunque como si fuera un paquete de contrabando. Mi padre no debería ser informado y, para evitar todo peligro de que llegara a sus oídos, se convino en que no iría a visitar a algunos parientes que tenía en la ciudad. Como ellos no me conocían, el simple hecho de no visitarlos era suficiente para que no se enteraran. Pero había algo que, en opinión de mi gentil guardiana, serviría para redimir cualquier sombra de culpabilidad que pudiera haber en el engaño: no iríamos al teatro. Así lo prometimos solemnemente y la promesa fue cumplida.

Cádiz es una ciudad extraordinaria, capaz de cautivar a cualquier viajero más maduro y experimentado que yo en aquellos años. Mi estancia en ella, aunque corta, fue del todo feliz y estuvo completamente exenta de cualquier falta. Regresé a mi casa muy consciente de mi propia importancia, pero obligado a guardarla celosamente en mi interior, porque ingenuamente creía que el haber navegado unas cuantas millas por el mar, haber visto de cerca un barco de guerra y haber pasado una semana en Cádiz me había elevado a un supremo grado de cultura y conocimiento del mundo, mucho mayor que el de mis menos afortunados amigos.

Sin embargo, aunque mi excursión veraniega estuvo libre de todo pecado, lo cierto es que después de ella empecé a sentirme menos dispuesto hacia el estado eclesiástico. Este creciente disgusto hubiera alterado radicalmente el rumbo de mi vida de no ser por el oportuno remedio de los llamados Ejercicios Espirituales de San Ignacio de Loyola, cuya descripción se encuentra en las Cartas de Doblado." (27).

No sólo los ejercicios espirituales con el Padre Teodomiro de Vega en la casa de ejercicios de San Felpie Neri, sino el mismo ritmo de su vida hicieron sin duda que Blanco volviera a encontrar la paz de espíritu al regresar a Sevilla. En efecto, superada esta primera crisis, Blanco vive los años más felices

(27) *Life*, I, pp. 30-35. De estos ejercicios trata ciertamente en las *Cartas* (pp. 95-98), pero también y más extensamente en la *Autobiografía*, en las páginas siguientes a las que hemos reproducido (pp. 35-49).

y llenos de su vida, en los que, entusiasmado por su insaciable deseo de saber, parece como si no tuviera tiempo para ocuparse de problemas espirituales o de su próximo y definitivo compromiso con la Iglesia. Mármol, estudiante de Teología en la Universidad, se convierte en su preceptor privado, que le enseña matemáticas, astronomía y física. Más tarde será Arjona, con quien se pasa las grandes horas en Santa María de Jesús, quien lo pone al corriente de los *filósofos* franceses. Con Reinoso, Lista, Vácquer y otros más trabaja en la Academia particular en 1793, y como ellos escribe poesías y disertaciones que leen en sus reuniones. En 1795 publica la traducción en verso castellano del poema latino *Alexis* del padre jesuita Andrés Triz.

Sin embargo, toda esta feliz actividad del joven universitario vuelve a tropezar con la dura realidad de una nueva crisis en 1795, con motivo de su segundo viaje a Cádiz.

Segundo viaje: 1795.

Blanco ya no es un adolescente: ha cumplido veinte años y dentro de pocos meses tiene que dar el paso decisivo de su carrera eclesiástica con la ordenación de subdiácono. Aunque por haber recibido la tonsura y órdenes menores a los catorce o quince años, según la costumbre del tiempo, era ya técnicamente miembro del clero, su verdadera y definitiva unión con la Iglesia empezaría al recibir la primera de la órdenes mayores que, entre otras cosas, le obligaría al celibato de por vida, y cuya dispensa era entonces imposible de obtener.

Aunque no nos dice nada de lo que sucedió en Cádiz, lo cierto es que, al volver a Sevilla, influido nuevamente por el ambiente liberal y secularizado de aquella ciudad y sin duda también por el carácter más abierto y optimista de los White gaditanos, se decide a confesar a su madre sus temores de no ser feliz como eclesiástico. No podemos, sin embargo, olvidar que el impacto de Cádiz caía como lluvia sobre tierra mojada, como podemos comprobar con la lectura de la tercera de las *Cartas de España* (28). En ella nos dice cómo su espíritu se había ido separando del ambiente tradicional y religioso de su

(28) Cfr. especialmente pp. 98-114.

ciudad natal para acercarse al mundo de ideas nuevas que se respiraba en Cádiz. Primero es el despertar de su espíritu crítico que se inició con la temprana lectura de Feijoo, y se confirmará con la de los libros franceses que le presta Arjona. A consecuencia de ello llegará poco a poco a una actitud intelectual que choca de frente con la teología de la época, celosamente impuesta y custodiada por la Santa Inquisición. Hay que sumar su repugnancia instintiva por las prácticas ascéticas, tan frecuentes en aquel tiempo y contrarias a su idea de la religión no como represión sino como fuerza bienhechora y animadora de los buenos sentimientos naturales del hombre, como había podido leer en Rousseau.

Pero volvamos de nuevo a la narración de Blanco:

“El año antes de recibir el subdiaconado fui a visitar a mis parientes de Cádiz. Este viaje contaba con el consentimiento de mis padres, pero creo que debieron lamentar el habérmelo dado, según el estado de ánimo con que volví a mi casa. Mis temores de no ser feliz en la Iglesia habían aumentado de tal manera que, aun sintiéndolo hondamente, me atreví a expresar con toda franqueza el estado de mi espíritu. Mi madre me escuchó con las muestras de dolor que una mujer de temperamento ardiente, inflamado además por sus sentimientos religiosos, manifiesta lógicamente al ver que alguien se opone a su voluntad decidida. Desde aquel momento siempre que me miraba se le arrasaban los ojos de lágrimas.

No es para alabanza mía —al contrario, considero éste uno de los rasgos débiles de mi carácter— por lo que menciono mi total anonadamiento, mi absoluta debilidad cuando veo que hago sufrir a un ser humano, especialmente a los que quiero con amor singular. Creo que el sentimiento del deber me ha mantenido firme en muchas situaciones difíciles, como sucedió cuando la intolerable sensación de mi esclavitud espiritual me llevó a separarme con dolor de mi familia y mi patria. Pero estoy convencido de que la mayor parte de las acciones de las que me arrepiento ahora y que quisiera poder rehacer son fruto de esta debilidad mía. Pero ¿qué cabe esperar de un joven de veinte años con menos experiencia de la vida que un escolar inglés de doce? Sin embargo, a pesar de la debilidad de mi cora-

zón, tuve coraje suficiente para perseverar en mi resolución cerca de un mes.

Mi padre me hubiera ayudado porque era hombre juicioso y consideraba las cosas con calma y además nunca tomaba sus deseos personales por deberes religiosos, pero le faltaba resolución, más aún, puedo decir que había renunciado completamente a tomar decisiones: la regla de todos sus actos era el juicio y determinación de su confesor. Sin embargo creo que en esta ocasión mi madre lo tuvo todo en secreto para ser ella la única que decidiera. La apariencia seca y reservada de mi padre no concordaba con la ternura de su corazón, y yo mismo no llegué a conocerlo bien hasta que no me esforcé en describir su carácter. Recuerdo perfectamente que el día antes de atarme de forma irrevocable a la Iglesia y a la ley del celibato, me llevó aparte para decirme que todavía estaba a tiempo de tomar otra determinación, y que si no me gustaba la profesión para la que había sido educado, él se comprometía a buscarme otra. Si me hubiera dicho esto mismo uno o dos años antes, entonces sí que hubiera tenido libertad para escoger, pero entonces era ya demasiado tarde. En aquel momento estaba completamente sometido y conquistado por el amor de mi madre y convencido de que hacerla feliz a ella era la única manera de asegurar mi propia felicidad. Además ella había sabido ganar a su favor a todos los que, jóvenes o mayores, tenían alguna influencia sobre mí. Arjona fue su más poderoso auxiliar (29). Creo que cuando me iba a ordenar de subdiácono él ya era sacerdote y además de confesor mío, autoridad que ejerció sobre mi conciencia alrededor de dos años.

Ciertamente todos los comprometidos en la confabulación —creo que realmente lo era— de conquistarme para la Iglesia, actuaban movidos por razones que no puedo condenar; todos me querían y todos eran sinceros. La providencia ha convertido en bien mío lo que hicieron pero,

(29) La influencia de Manuel María de Arjona (1771-1820) sobre Blanco fue considerable. Su amistad empezó en 1791, poco después de llegar Arjona a Sevilla para disfrutar de una plaza de colegial en Santa María de Jesús. A pesar de la sincera amistad que los unía no pueden encontrarse caracteres más opuestos: Arjona no tuvo escrúpulos en contemporizar con una sociedad que vivía en contra de las ideas que profesaba y de armonizar una vida frívola, si no disipada, con la fama de sacerdote piadoso. Blanco no fue capaz de este compromiso.

a pesar de todo, ¡qué amargura no emponzoñaría el corazón de mi madre a partir del día en que mi intolerable agonía espiritual me hizo abandonar mi casa por primera vez y buscar en Madrid una leve sombra de libertad! (30). ¡Cuál no sería su angustia al verme salir camino de Inglaterra sospechando claramente que nunca más habría de volver! Con todo, mi desgracia no era más que la consecuencia directa de sus planes. Mi cabeza me da vueltas cuando vuelvo a recordar todos estos tristes sucesos, y me doy cuenta de que la mención del tardío ofrecimiento de mi padre de procurarme otra profesión me ha hecho romper la narración de mis esfuerzos por dejar la Iglesia, sobre los cuales prevaleció al final la voluntad de mi madre. Terminaré en breves palabras: propuse que me dejaran ingresar en la Armada, porque en aquel tiempo los marinos recibían una esmerada educación científica y yo no era capaz de resignarme a una vida de ignorancia. Mi madre se daba buena cuenta de ello y, probablemente con la aprobación de los teólogos que consultó al respecto, no me dejó ninguna alternativa: tendría que volver al odiado escritorio del cual me había escapado para buscar refugio en la Iglesia (31). No tuve más remedio que ceder y al hacerlo así, con la alegría de secar las lágrimas de mi madre me pareció que renovaba mi vocación por la profesión eclesiástica" (32).

(30) Se refiere a su marcha a Madrid a finales de 1805, a la que se refiere la décima de las *Cartas de España*.

(31) Cfr. *Cartas de España*, p. 89: "...me daban muy poco tiempo para mis estudios, no fuera que mi afición a los libros me hiciera aborrecer los negocios mercantiles. Pero mi espíritu había tomado una inclinación decisiva: odiaba el escritorio y amaba mis libros. Como la cultura y la Iglesia eran entonces para mí dos ideas inseparables, muy pronto le declaré a mi madre que no quería ser otra cosa que sacerdote."

(32) *Life*, I, pp. 49-52. También habla de esta crisis en las *Cartas de España*, y aunque sus observaciones se refieren al celibato eclesiástico en general, es evidente que está hablando de él mismo: "En verdad que la ley del celibato no ata al clero secular hasta que el candidato cumple los veintiún años, pero esto no es más que una mofa del sentido común para los que conocen prácticamente la inutilidad de esta supuesta condescendencia. Un hombre tiene pocas oportunidades de conseguir y ejercer una profesión para la que no haya sido educado desde sus años más jóvenes. Es absurdo y cruel pretender que un joven que ha gastado los diez o doce años mejores de su vida preparándose para las órdenes sagradas, tiene plena libertad de apartarse de la Iglesia cuando llega a los veintiún años. Ciertamente puede conseguir su libertad, pero para esto tiene que olvidarse de que la mayor parte de su patrimonio se ha gastado ya en su educación, de que es demasiado mayor para ingresar como cadete en el ejército, demasiado pobre para dedicarse al comercio y demasiado orgulloso para convertirse en un pequeño tendero. Tiene además que soportar inmovible las lágrimas de sus padres y mientras busca un medio de vida en una nación en la que la industria no ofrece ninguna oportunidad, el amor, la principal causa de esta lucha, tiene que contentarse con la más absoluta legalidad y despedirse de toda esperanza de posesión." (pp. 90 ss.).

Blanco recibió, en efecto, la ordenación de subdiácono en 1796. Pasada la segunda crisis, los años que siguen parece que vuelven a ser felices: sigue sus estudios de Teología en la Universidad y trabaja activamente con sus compañeros de la Academia particular, con los que en 1797 publica el volumen titulado *Poesías de una Academia de Letras Humanas*, en el cual las hay suyas, de Lista y de Reinoso.

A principios de 1798 es admitido como colegial en Santa María de Jesús, hito importante en su carrera eclesiástica que lo confirma como aspirante cualificado a dignidades dentro de la Iglesia, y al propio tiempo le abre las puertas de la mejor sociedad de Sevilla. En todas sus memorias Blanco se complace en sus recuerdos de colegial y guardará siempre gran cariño a Santa María de Jesús (33).

Nuevos viajes a Cádiz: 1798.

Su nueva condición de colegial cambia el ritmo de su vida: decae considerablemente su actividad literaria y sus trabajos en la Academia particular, y dedica la mayor parte de su tiempo a relaciones sociales de carácter más bien frívolo y superficial. Por tercera vez siente la gran tentación de Cádiz, a donde se escapa en más de una ocasión en el transcurso de 1798, ganándose las reprimendas de su padre. Seguramente lo que dice de las tertulias gaditanas en las *Cartas de España* recoge sus recuerdos de aquellos viajes:

“La gente de Cádiz es hospitalaria y agradable, y las mujeres, sin ser unas beldades, son verdaderamente encantadoras. Algunas tertulias, a las que se puede asistir con una simple presentación a la señora de la casa, son muy alegres y animadas. Nada de tiesura y etiqueta reina en ellas: se puede entrar cuando se quiere y salir cuando viene bien. Pero las damas jóvenes adivinan muy pronto la casa y compañía preferida por usted, y una semana de relación

(33) No hay más que repasar las páginas que dedica al Colegio tanto en las *Cartas* como en la *Autobiografía*, donde se hace evidente su noble orgullo de colegial, que sin embargo no le impide darse cuenta de las injusticias inherentes al sistema de selección. Todavía en 1826 Blanco le escribe al Rector del Colegio, desde Oxford, mandándole una colección de libros griegos para la biblioteca. (Cfr. J. M. BLANCO WHITE, *Antología de obras en español*, pp. 356 ss.).

es suficiente para que abunden las bromas de mejor intención sobre la causa de sus cortas visitas. El recurso más socorrido en estas reuniones es cantar acompañado de la guitarra o el piano. Pero la formación musical de las damas españolas no admite ni remota comparación con la de las damas aficionadas londinenses. Sin embargo, las gaditanas tiene la gran ventaja de que al cantar abren la boca, lo que las *misses* inglesas parecen considerar grave incorrección" (34).

Más adelante veremos cómo Blanco, al hablar de sus oposiciones a la canonjía gaditana, recuerda estas mismas visitas de 1798, en las que iba a Cádiz con el más decidido ánimo de pasarlo bien en compañía de sus primos y otros amigos (35).

De nuevo, al acercarse la fecha de su ordenación sacerdotal, tras esta etapa de vida frívola, Blanco vuelve a sentir grandes tentaciones de abandonar el estado eclesiástico. Pero la gran decisión estaba ya tomada al haber recibido la ordenación de subdiácono, compromiso entonces irrevocable, y por otro lado con el paso de los años se había eliminado toda posibilidad de una digna carrera civil, en tanto que en la Iglesia tenía abiertas las perspectivas de un brillante porvenir. Cualquier escrúpulo de carácter espiritual que le quedara se lo resolvió una vez más su confesor, amigo y protector Arjona, recién llegado de Roma, y de esta manera, el 21 de diciembre de 1799 es ordenado sacerdote.

Los dos primeros años de vida sacerdotal son muy fervorosos. A los seis meses de la ordenación, mientras era Rector del Colegio Mayor, contrae unas fiebres infecciosas, a consecuencia de la riada del Guadalquivir de aquella primavera, que lo dejan muy debilitado. Blanco se va a Alcalá de Guadaíra, donde a la sazón residen sus padres, y allí se repone de la enfermedad al propio tiempo que se libra de la epidemia de fiebre amarilla que ha empezado a hacer estragos en la ciudad.

Oposiciones a la canonjía gaditana: 1801.

El año siguiente, es decir, 1801, es año de oposiciones. Blanco se estrena de opositor precisamente en Cádiz, donde la misma

(34) *Cartas de España*, pp. 45 ss.

(35) Cfr. *Life*, I, pp. 71-74, y la sexta de las *Cartas de España*.

epidemia de fiebre amarilla había dejado vacante la canonjía magistral. Oposiciones muy importantes porque son las que gana el conocido magistral Cabrera. Pero volvamos a la narración de Blanco, que las cuenta con todo detalle, y que completaremos con informaciones adicionales:

“Al comienzo de la primavera se hizo público el anuncio de una canonjía vacante en la catedral de Cádiz, que había de proveerse por medio de un certamen público que en España recibe el nombre de *concurso*, aunque se usa con más frecuencia el de *oposiciones*, en alusión a los argumentos que los competidores oponen unos a otros. Pero en realidad el nombre completo de estos ejercicios es *concurso de oposiciones* (36).

Mis amigos me aconsejaron que me presentara a estas justas literarias y con mucho gusto les hice caso inscribiendo mi nombre en la lista de participantes (37). Por tanto tenía que volver a Cádiz con unas disposiciones muy distintas de las que habían hecho de esta ciudad el lugar de mis diversiones y escauceos juveniles. Habría de ir armado contra los encantos de una ciudad disipada y, como no tenía más remedio que hospedarme en casa de un pariente mío, con quien había pasado muchas horas alegres, sabía muy bien que mis sentimientos de devoción iban a sufrir severa prueba. Pero pocas veces he carecido de resolución para cumplir lo que he creído mi deber, y mis errores de conducta han procedido generalmente de errores de juicio.

Al llegar a Cádiz y reunirme con mis viejos amigos proclamé resueltamente los principios según los cuales había determinado vivir, y para hacer justicia a aquellas

(36) Blanco, lógicamente, no recuerda bien las fechas. Las oposiciones no se anunciaron en la primavera de 1801, sino en el otoño anterior. La vacante se había producido por defunción del joven canónigo gaditano D. Francisco Mellón de Memije, víctima de la fiebre amarilla. El 30 de octubre de 1800 el cabildo conoció oficialmente la muerte del canónigo, declaró la vacante y mandó que se imprimieran seguidamente los edictos de la convocatoria para su provisión, que se enviaron, según costumbre, a todas las iglesias y universidades del reino. La diócesis estaba también vacante por defunción del obispo Martínez de la Plaza, otra víctima del cólera. Las oposiciones comenzaron el 26 de enero y duraron hasta el 8 de marzo. Blanco hizo su presentación al cabildo el 15 de febrero. (Cfr. *Libro IV de Acuerdos Capitulares (desde 1766)*, folios 182-211, en el Archivo de la Catedral de Cádiz).

(37) El primero de ellos sería indudablemente su mentor Arjona. Blanco hacía el opositor número 17 —por error figura en el Libro de Acuerdos con el 16, detrás de otro 16—, de los dieciocho que se presentaron.

buenas personas he de confesar que, pasando por alto algunas bromas de la mejor intención, no me molestaron en absoluto.

Para los habitantes de cualquier ciudad española que tenga catedral son un verdadero espectáculo la celebración de las pruebas y ejercicios públicos con que se provee una alta prebenda eclesiástica. Puesto que he tomado parte en ellas más de una vez, me parece conveniente describir la naturaleza de unos actos tan estrechamente relacionados con los momentos más importantes de mi vida (38).

Estos concursos públicos se anuncian a toda la nación por medio de carteles colocados a las puertas de todas las catedrales, colegiadas y colegios mayores. Para tomar parte en ellos hay que estar en posesión del grado de Licenciado —es decir, haber pasado el examen previo al grado de Doctor— o del de Doctor, bien en Teología o en Derecho Canónico según opte a una silla coral teológica o canónica. Los opositores se presentan al cabildo catedral en cuestión y allí son agrupados en lo que en español llamamos *trincas*, o grupos de tres personas que han de mostrar su pericia conteniendo unos con otros (39). Los que forman las trincas reciben el apropiado nombre de *contrincantes* con respecto a sus compañeros.

A las diez de la mañana del día señalado para el comienzo de las oposiciones, el candidato de graduación universitaria más antigua se presenta en la Sala Capitular y allí, en presencia del Deán y del Secretario del Cabildo, introduce un cuchillo de plata en tres lugares distintos de un libro cerrado, que en las oposiciones a las sillas teológicas suele ser el del *Maestro de las Sentencias*, Pedro Lombardo, aunque alguna que otra vez también se utiliza

(38) Además de estas oposiciones Blanco se presentó poco después a las de magistral de la Capilla Real de Sevilla, que había dejado vacante Arjona al ganar una canonjía en la catedral de Córdoba. En la *Autobiografía* se cuenta la historia de estas otras oposiciones (cfr. I, pp. 92-105), no exentas de dificultades, pero que ganó brillantemente, tomando posesión el 15 de agosto de 1801.

(39) Nota del autor a pie de página: "Se me ha ocurrido a veces que la palabra TRIPOS que usan en Cambridge puede tener el mismo origen". El *Oxford English Dictionary* no corrobora la opinión de Blanco, ya que TRIPOS, designación popular del examen final del grado de Bachiller en Artes *cum laude* por Cambridge, se originó en un acto festivo estudiantil de final de curso, en el cual un bachiller veterano, sentado magistralmente en una banqueta de tres patas, argumentaba satíricamente contra los graduados. Estos versos se imprimían en un papel, en cuyo reverso aparecía el nombre de los nuevos bachilleres *cum laude*, y que recibió el nombre popular de TRIPOS. De aquí se extendió a designar el mismo examen.

la Sagrada Escritura. Se toman por escrito los lugares así señalados, de los que el candidato escoge uno como tema de su disertación. De vuelta a casa escribe en latín varias proposiciones o tesis sobre la suerte o punto escogido, que envía al Cabildo, anunciando de esta manera su propósito de defenderlas en público a la mañana siguiente. Las tesis se comunican seguidamente a sus contrincantes y se imprimen sin más demora.

Como el opositor tiene que disertar en latín y de memoria durante una hora seguida, las veinticuatro que median son de duro e intenso trabajo. El mayor inconveniente surge de la costumbre de no poder usar notas escritas, porque en caso contrario cualquier persona de inteligencia normal sería capaz de hacer su disertación sin grandes dificultades. En efecto, no hay más que recordar el plan de trabajo que ha seguido cualquiera de los candidatos en los cinco años de sus estudios teológicos. Durante ellos ha tenido que asistir a dos clases diarias desarrolladas en latín y con libros de texto también en latín. En clase los profesores le han pedido, sin previo aviso, que exponga públicamente un resumen de la lección señalada para el día y con frecuencia ha tenido que contradecir o defender, según el caso, las doctrinas del texto, por medio de silogismos en latín. Quien tras haber sido probado por medio de tan prolongada disciplina no es capaz de expresarse con cierta fluencia en la lengua de sus libros de teología dará muestras de una reconocida torpeza o de una pereza incurable. En todo caso, la costumbre manda que en estos ejercicios públicos se prepare por escrito una disertación elegante y bien ordenada que el opositor se aprende de memoria en las veinticuatro horas previas a su presentación. Para este trabajo cuenta con la ayuda de un amanuense que lo espera en casa cuando viene de sacar las suertes en la catedral. Puede sospecharse que el amanuense en cuestión sea algo más que un simple secretario, es decir, una persona capaz de prestar eficaz ayuda al opositor e incluso escribirle la disertación entera, pero en cualquier caso, quien sea capaz de aprenderse de memoria en tan reducido espacio de tiempo una lección compuesta por otro y de defenderla contra los argumentos de sus contrincantes, ha de ser persona versada en la materia. Por otro lado, el engaño no tardaría en ser descubierto. No me atreveré a asegurar

que no se hagan trampas como éstas en las oposiciones, pero sólo son capaces de ello los que se presentan en público con el único propósito de aparentar, y de hecho, alguna que otra vez sucede que un zopenco redomado se deja vencer por la tentación de añadir a sus *testimoniales* el título de opositor a una canonjía sin que por ello aumenten en lo más mínimo sus posibilidades de conseguirla, que seguirán siendo las mismas que si no se hubiera presentado jamás. Más aún, si vuelve a caer en la tentación, lo más probable es que se convierta en el hazmerreir del público asistente que se encuentra de vez en cuando con un buen día de diversión a costa de algún confiado imbécil.

Pasadas las veinticuatro horas, en las que el opositor sólo ha descansado brevemente durante tres o cuatro, éste comparece de nuevo ante el cabildo en pleno, reunido en la catedral. A tal efecto, en la nave central de la iglesia se ha formado una especie de anfiteatro de forma oblonga, cerrado por bancos, en uno de cuyos extremos se encuentra la mesa del presidente con una campanilla de plata, y en el otro un púlpito muy parecido al de los colegios de Oxford. El lugar cerrado por los bancos no suele destinarse al público, pero en Cádiz la galantería de los canónigos lo ha reservado para las señoras que, a pesar de que los ejercicios se desarrollan en latín, asisten en muy buen número.

Una vez en el púlpito el opositor de turno, y colocados a los pies de aquél sus contrincantes, da comienzo a su disertación hasta que la campanilla del presidente anuncia la expiración de los sesenta minutos. Tras breve pausa, la campanilla suena de nuevo para que el primer contrincante se presente en medio del anfiteatro. Un tercer golpe de campanilla señala el comienzo de la media hora que aquél ha de emplear en presentar sus argumentos contra las tesis defendidas. Una vez repetida la proposición que se va a objetar, se lanza el primer silogismo contra ella. El disertante ha de contestar a cada uno de ellos repitiéndolos en primer lugar dos veces, la primera para reflexionar sobre él y la segunda para conceder, negar o distinguir su contenido, por todo lo cual el proceso argumentativo produce un sorprendente efecto de exactitud y rapidez. Toda proposición negada ha de ser probada por su presentador por medio de un nuevo silogismo, y así sucesivamente hasta que se consume la media hora. Una vez que el segundo opositor

nente ha consumido su turno de la misma manera, se da por terminado el ejercicio del día. Si durante la argumentación se estima necesario dar alguna explicación complementaria se usa la lengua vulgar, pero de todas formas desmerece una intervención en este sentido que rompa materialmente el encadenamiento de los silogismos.

Cuando todos los candidatos han tenido la oportunidad de cumplir su turno como disertantes y oponentes, empieza la segunda serie de pruebas, que consiste en la predicación de un sermón en lengua vulgar, también durante el espacio de una hora, con las correspondientes veinticuatro para su preparación. En los países católicos no se acostumbra a predicar con la ayuda de notas escritas y esta misma norma se sigue en el sermón de las oposiciones. Se sacan puntos de manera semejante a los de la primera prueba, con la única diferencia de que en esta ocasión el libro usado es el *Evangelionario*, es decir, la colección de epístolas y evangelios que se leen a lo largo del año litúrgico.

No hablaría de mis oposiciones en Cádiz de no ser por algo que me sucedió que me puso increíblemente nervioso el día en que había de hacer la primera prueba. Había dictado la disertación a mi amanuense sin ninguna dificultad, pero cuando llegó el momento de aprendérmela de memoria me encontré con que mi capacidad retentiva estaba completamente perturbada, bien por mi reciente enfermedad, bien por falta de práctica durante algún tiempo (40). Mi estado de ánimo vino lógicamente a agravar el mal y una hora antes de mi presentación en la catedral no era capaz de repetir ni siquiera el primer párrafo de mi ejercicio. Retirarme de la prueba en aquel momento significaba el mayor descrédito para mi formación intelectual y la ruina de mi futuro, y, por otro lado, tener que callarme una vez ante el público sería un golpe capaz de hacerme perder la razón.

Mis parientes y amigos, a quienes no podía ocultar mi estado de ánimo, estaban muy angustiados pero me exhortaban a que tuviera confianza en mi anterior pre-

(40) Blanco acababa de recuperarse de las tercianas que había cogido en el Colegio en mayo del año anterior, tras la riada del Guadalquivir. (Cfr. *Life*, I, pp. 73 ss.).

paración en la materia y en el estímulo que las circunstancias del caso darían a mi espíritu. Por mi parte, y a pesar de todo, estaba resuelto a no retirarme y la única posibilidad que tenía de salir airoso de la prueba era renunciar por completo a la idea de repetir de memoria el texto preparado y dedicarme a improvisar (41). Mientras esperaba el momento en la sacristía de la catedral me temblaban las rodillas y el cuerpo entero, extenuado por el trabajo y la mala noche pasada, parecía a punto de desplomarse. Sin embargo, en cuanto empecé a pasar entre el público camino de la cátedra mi miedo desapareció. El Deán dio la señal convenida y empecé mi exposición no exento de temor, pero antes de que hubieran pasado los primeros cinco minutos, me había recuperado totalmente y tenía presente con toda claridad y orden la materia de mi discurso. Verdad es que no podía usar las palabras y frases que había escrito, pero conforme me daba cuenta de la facilidad con que encontraba otras nuevas, mi miedo se trocó en confianza. En cuanto a responder a los argumentos que siguieron, la costumbre me había dado la suficiente destreza como para estar seguro de vencer limpiamente a mis oponentes y en realidad creo que salí bastante bien parado aquel día.

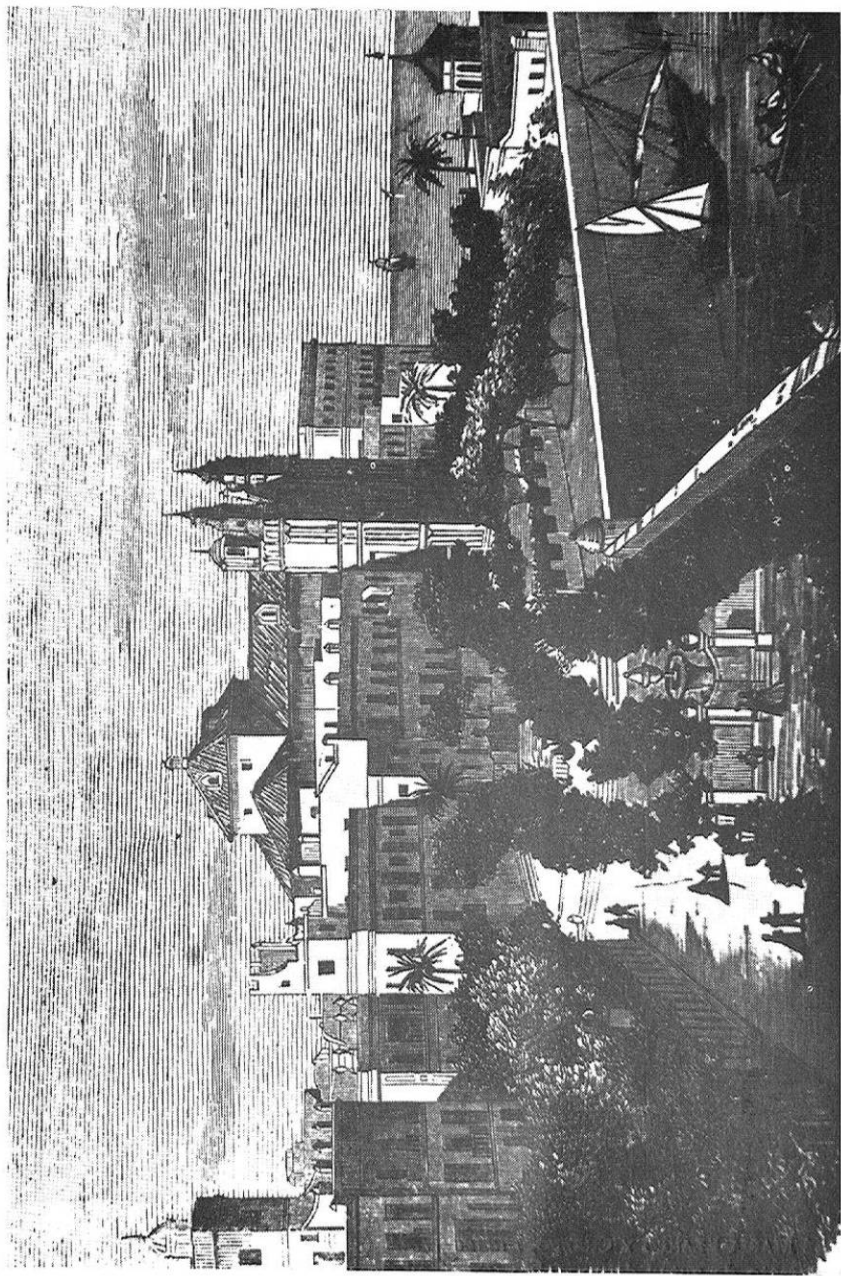
El sermón no me dio mucho trabajo y me fue suficiente escribir un esquema de las ideas que habría de desarrollar desde el púlpito (42). Con respecto al resultado de las oposiciones, como el cabildo había hecho ya su elección antes de convocarlas, según sabía muy bien el candidato triunfador, me recompensaron con la usual gratificación del nombramiento de examinador sinodal de la diócesis y sobre todo con la satisfacción personal de haberme dado a conocer públicamente como sacerdote bien calificado

(41) Blanco tomó *puntos para leer* el 16 de febrero en la Sala Capitular de la catedral vieja de Cádiz, sacando los siguientes: 1.º, Dist. 15 del Libro I de las Sentencias; 2.º, Dist. 41 del mismo libro, y 3.º, Dist. 11 del mismo, punto este último que escogió para su disertación, y que consta de los dos capítulos siguientes: Cap. 1.º, *Quod Spiritus Sanctus procedit a Patre et Filio, quem tamen Graeci a Filio proceder diffitentur*. Cap. 2.º, *De convenientia Latinorum et Graecorum in sensu, et differentia in verbis*. Sus contrincantes fueron los Dres. José Manuel de Badillo, gaditano, clérigo de menores y graduado de Osuna, y Pedro José Carazo, todavía no tonsurado, pero a quien el Cabildo hizo la gracia de admitir.

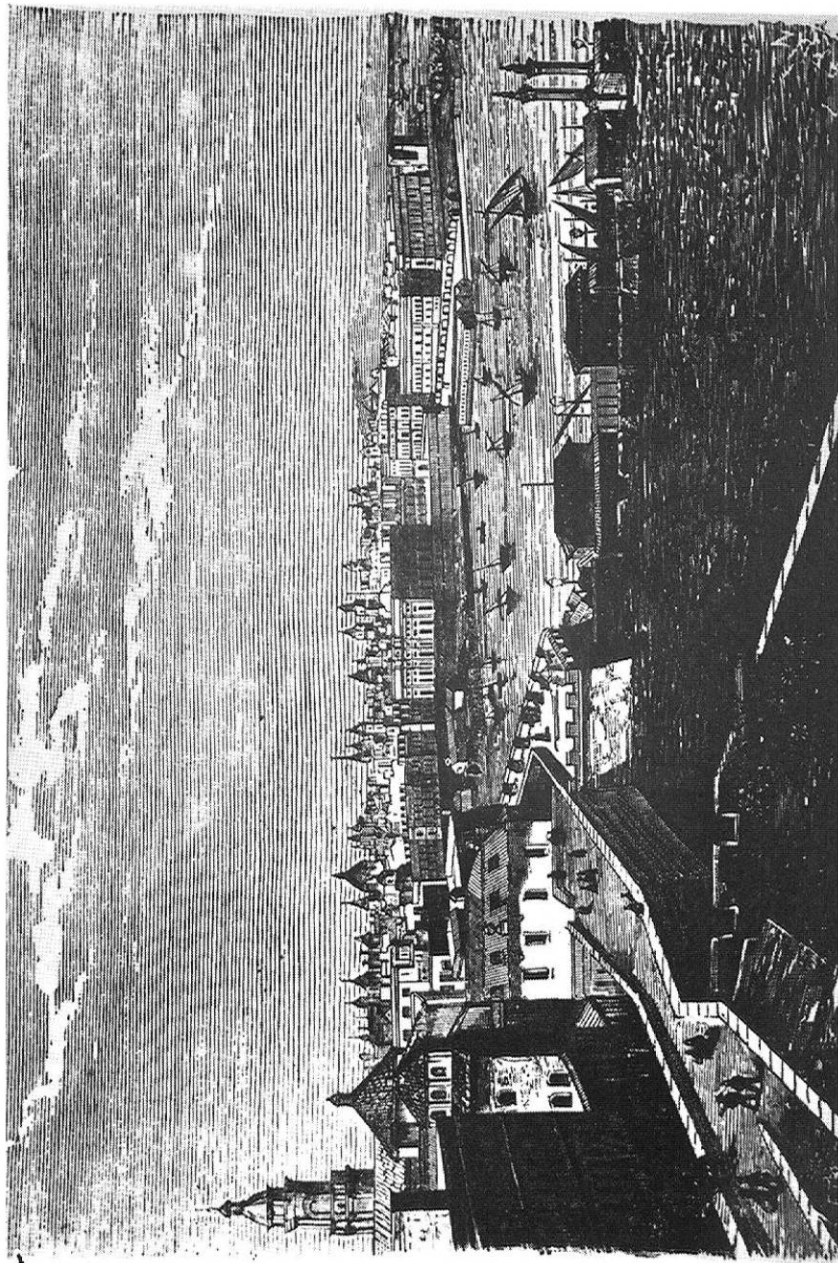
(42) Blanco predicó su sermón el 21 de febrero. El Libro de Acuerdos Capitulares no recoge los puntos que sacó sino sólo el que eligió como tema de la predicación, que fue el evangelio de la feria quinta de la segunda semana de Cuaresma: la parábola del rico Epulón y Lázaro (Luc. 16, 19-31).



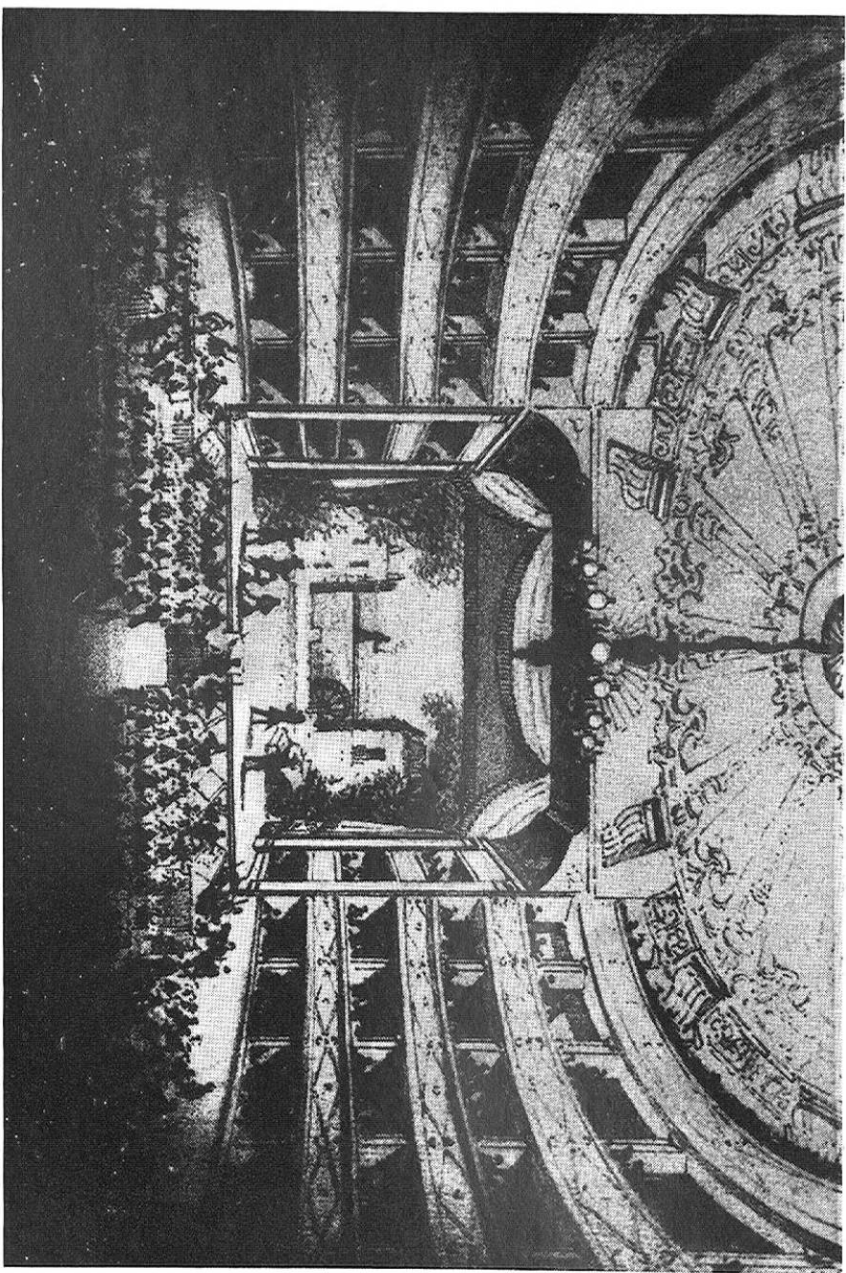
JOSÉ MARÍA BLANCO Y CRESPO, *Blanco-White* (Sevilla 1775 - Liverpool 1841)
Retrato de autor desconocido. Facultad de Filosofía y Letras. Sevilla.



Paseo de la Alameda e Iglesia del Carmen. Cádiz. Grabado del siglo XIX.



Cádiz. Vista general del puerto y Puerta del Mar. Grabado del siglo XIX.



Teatro Principal de Cádiz. Grabado del siglo XIX.

para ocupar un puesto distinguido en la Iglesia por medio de estos certámenes literarios" (43).

La canonjía, en efecto, fue para D. Antonio Cabrera, que llegaría a ser conocido por los gaditanos como el *magistral Cabrera*. Su elección no fue sin embargo por unanimidad, ya que obtuvo sólo cinco de los siete votos en liza —los dos restantes fueron para el Dr. Joaquín Cánovas, magistral de la colegiata de Jerez—. La elección de Cabrera, que tuvo lugar el 13 de marzo, fue recibida con gran júbilo por el pueblo de Cádiz, y en su honor repicaron las campanas de todas las iglesias de la ciudad. El Padre Cabrera se había hecho querer de los gaditanos en su anterior destino de cura del Sagrario de la Catedral, y su nueva condición de magistral no alteró en lo más mínimo su fama de sacerdote desprendido y amigo de las clases populares (44).

La Santa Cueva.

Mientras está en Cádiz realizando sus oposiciones, Blanco tiene ocasión de visitar la Santa Cueva, movimiento espiritual dirigido por el Padre Santamaría y que ejercía gran influencia en la vida de la ciudad durante aquellos años. En Sevilla Blanco frecuentaba el Oratorio de San Felipe Neri, dirigido a su vez por el filipense Teodomiro de Vega, muy amigo de su familia. El Padre Vega seguía las prácticas religiosas de la entonces extinguida Compañía de Jesús, especialmente la práctica de los Ejercicios Espirituales, y había hecho construir junto a la desaparecida iglesia de San Felipe una célebre casa de Ejercicios (45). El Padre Vega era amigo del Padre Santamaría,

(43) *Life*, I, pp. 78-85.

(44) D. Antonio Cabrera había nacido en Chiclana, de familia humilde, el 4 de enero de 1763. Ordenado en 1792, el mismo año se graduó de doctor por Osuna. Cuando se presentó a las oposiciones era cura del Sagrario de la Catedral de Santa Cruz, de Cádiz. Fue hombre muy desprendido y estimado por todas las clases sociales de la ciudad, especialmente los humildes, y a la vez de ideas liberales y preocupaciones científicas, como digno hijo de su ciudad y de su época. Falleció en Cádiz en 1827. (Cfr. José María LEÓN DOMÍNGUEZ, *Recuerdos gaditanos*, Cádiz 1897, pp. 28-49, y Ramón Solís, *El Cádiz de las Cortes*, pp. 303-307).

(45) Tanto en la *Autobiografía* (cfr. I, pp. 34-49) como en las *Cartas de España* (pp. 94-98), da cuenta Blanco del movimiento espiritual del P. Teodomiro de Vega (1736-1805), el dirigente espiritual más cualificado de Sevilla por aquellos años. Blanco empezó a frecuentar el Oratorio a finales de 1790, es decir, a raíz de su ingreso en la Universidad, y confirmó así su paso de la influencia intelectual y espiritual de los dominicos a la de los filipenses, continuadores de los jesuitas.

de quien había recibido ayuda económica para la construcción de la casa de ejercicios: especiales donativos habían sido el rico altar y la imagen del crucificado. Parece que el sacerdote gaditano se sentía discípulo del sevillano, hombre de relevantes cualidades intelectuales y gran personalidad, y de hecho en dos ocasiones se desplazó a Sevilla para hacer ejercicios bajo su dirección. A su vez el Padre Vega había dado ejercicios espirituales a los devotos de la Cueva en dos solemnes ocasiones: en 1783, con motivo de la inauguración de la capilla subterránea, y en 1796, con ocasión de la bendición de la capilla alta (46). No es extraño, por tanto, que durante su permanencia en Cádiz con motivo de las oposiciones, Blanco fuera invitado a predicar en uno de los actos de culto de la Cueva, no como persona extraña, sino como hermano espiritual de la congregación.

Blanco nos cuenta con todo detalle esta visita y a través de sus páginas podemos observar la lucha entre sus deseos de ser un sacerdote fervoroso y aceptar las prácticas piadosas de aquel tiempo, y por otro lado su repugnancia ante una religión de carácter marcadamente penitencial, muy distinta de la religión natural y humanística defendida por Rousseau. He aquí lo que dice Blanco:

“Ni el retrato de mi propio carácter ni el del país cuyos contrapuestos aspectos religiosos quedaron perfectamente reflejados en mi espíritu en dos ocasiones distintas, quedaría completo sin una breve noticia del partido piadoso que por entonces había en Cádiz y que, como estaba en estrecho contacto con el del Padre Vega en Sevilla, me recibió como a un hermano.

La cabeza visible de los devotos gaditanos era un sacerdote llamado Padre Santa María. Debo advertir que el apelativo de *Padre* que en toda España se confiere a monjes y frailes, también se usa en Cádiz para con los sacerdotes seculares que por oficio o decisión personal se dedican a la cura de almas, es decir, a la predicación y al confesonario. El padre del Padre Santa María había sido un rico comerciante, elevado por el rey a un rango semejante al de los *baronets* ingleses, confiriéndole el

(46) Sobre las relaciones entre San Felipe Neri de Sevilla y la Cueva de Cádiz, cfr. *Carta edificante o relación sumaria de la vida del P. Santamaría*, Cádiz 1807.

título de Marqués de las Torres (47). Debo añadir que el título de marqués, conde o vizconde no implica el rango de Par o Grande de España, aunque los Grandes de España usan algunos de estos títulos con preferencia al de duque —exclusivo de ellos— cuando este último es relativamente reciente en la familia. El P. Santa María había heredado la fortuna y el título nobiliario de su padre, dedicó toda la influencia y poder de su posición a promover el movimiento piadoso de su ciudad natal. Con este motivo había comprado una capilla subterránea que por su situación se llamaba la *Cueva* (48). Creo que en otras ciudades españolas hay criptas parecidas que, como sucedía en Cádiz, ofrecen un marco adecuado para las prácticas ascéticas. A las mujeres les estaba vedado el acceso pero el número de varones que frecuentaban la de Cádiz ascendía a varios centenares.

Cuando conocí al P. Santa María hacía ya varios años que estaba al frente de aquella congregación. Era hombre muy amable y trataba con suma cortesía a todos los que iban a visitarlo, pero su extrema corpulencia le ofrecía una buena excusa para no devolver visitas. Junto a la capilla subterránea había edificado una casa para morada suya y, como disponía de cuantiosos bienes de fortuna, compró poco después las casas edificadas sobre la Cueva y en su lugar construyó una de las capillas más hermosas

(47) De nuevo le falla la memoria a Blanco: el marquesado no era de las Torres sino de *Valde-Iñigo*. El nombre completo del sacerdote era José Sáenz de Santamaría (Vera-cruz, Méjico 1738-Cádiz 1804), hijo de un rico comerciante riojano. Como Blanco, trabajó en el escritorio comercial de su padre hasta que a los dieciocho años decidió hacerse sacerdote, ordenándose en 1761. Tras breve estancia en Madrid con su padre, residió ininterrumpidamente en Cádiz desde 1766 hasta su muerte, dedicándose a la cura de almas, especialmente la confesión, en la parroquia del Rosario y después en la Cueva. Sobre él pueden consultarse: José María LEÓN DOMÍNGUEZ, *Recuerdos gaditanos*, Cádiz 1897, pp. 261-280, y el elogio del P. José Gandulfo, su sucesor en la dirección de la Cueva, citado en la nota precedente. En la Cueva se conservan varios retratos del fundador. Cuando lo conoció Blanco poco tiempo le quedaba de vida, ya que murió tres años después tras una larga etapa de enfermedades y padecimientos, de los cuales ya estaba aquejado.

(48) La historia de la Cueva es lógicamente más compleja. Según cuenta Gandulfo, antes del P. Santamaría había en Cádiz un grupo de hombres devotos que se reunían para hacer los ejercicios de la Pasión del Señor de la Madre Antigua, práctica común a muchas ciudades españolas. Ultimamente utilizaban una pequeña capilla subterránea que había sido descubierta bajo la parroquia del Rosario. Cinco años llevaba el P. Santamaría en Cádiz cuando los devotos de la Cueva le pidieron que fuera su director espiritual, lo que aquél aceptó complacido. El P. Santamaría reformó y añadió nuevas prácticas religiosas, como retiros y ejercicios espirituales ignacianos, y sobre todo, en vista del creciente número de asiduos a la Cueva, hizo construir a sus expensas un nuevo templo subterráneo de tres naves y capaz para cuatrocientas personas, bajo la dirección de los arquitectos Cayón y Benjumeda. La nueva Cueva se inauguró el 17 de abril de 1783, Jueves Santo, con ejercicios espirituales del P. Vega.

que he tenido ocasión de visitar (49). Era una especie de pequeña rotonda labrada con los más ricos mármoles. La iluminación procedía de la cúpula y su acceso desde la calle estaba dispuesto de forma que mostraba claramente que el edificio no era completamente público. En efecto, las mujeres, las grandes enemigas de la paz de los santos católicos, tenían prohibida la entrada, y aunque cualquier varón sin distinción de clase social tenía libre acceso al templo, pocos eran los que movidos por la curiosidad entraban allí más de una vez, a excepción, claro está, de los asistentes habituales. Sólo las personas profundamente religiosas eran capaces de soportar el profundo silencio de aquel lugar y la monotonía de las ceremonias religiosas que en él se celebraban. Aunque los católicos están acostumbrados al acompañamiento de la música en sus iglesias, en la Cueva no la había. La capilla servía exclusivamente para administrar la confesión y para decir misas que se celebraban en murmullos apenas perceptibles para el mismo sacerdote. Estas prácticas tenían lugar todos los días desde las seis o siete de la mañana hasta las diez. Cuatro sacerdotes ocupaban otros tantos confesionarios, dispuestos a escuchar los pecados de los que querían prepararse para la comunión que, en contra de la costumbre, pero más de acuerdo con la práctica primitiva de la Iglesia, era administrada inmediatamente después que el celebrante hubiera consumido las especies sacramentales.

Todo aquel lugar, desde la misma puerta de entrada hasta la sacristía, situada detrás del altar, estaba inmerso en tal ambiente de paz que apartaba irresistiblemente al alma de las tormentas del mundo. Al propio tiempo los objetos visibles parecían dispuestos como para anular la tendencia del pietismo hacia el miedo y la tristeza. En lo alto del segundo tramo de la escalera que conducía desde el porche a la entrada de la capilla se alzaba entre dos puertas laterales de bella forma helénica

(49) Se trata de la capilla alta, que Blanco describe a continuación y que el P. Santamaría hizo edificar poco después de la muerte de su padre y hermano, al quedar heredero universal de los bienes de la familia. También se la encargó a Benjumeda y fue inaugurada el 31 de marzo de 1796, es decir, cinco años antes de la visita de Blanco. El P. Santamaría la dotó espléndidamente con riquísimos vasos y ornamentos sagrados para honra del Santísimo Sacramento a la que fue dedicada.

una hermosa imagen en tamaño natural de Jesús como Buen Pastor llevando sobre sus hombros la oveja perdida y mirando dulcemente a los que se acercaban (50). Los mármoles del interior del templo y las columnas del mismo material que lo sostenían combinaban armoniosamente la riqueza con la elegancia y constituían la mejor decoración para las reducidas dimensiones del lugar. Los ornamentos sacerdotales eran también riquísimos y los vasos sagrados estaban incrustados con las más bellas gemas. Los asistentes permanecían de rodillas en el suelo mármoleo en actitud de profunda devoción y meditación. No había predicación en la capilla y cada cual podía entrar y salir a su discreción. El munificentísimo fundador había dispuesto este refugio espiritual como si hubiera querido imitar los ritos de los antiguos misterios paganos, porque era en esta capilla superior donde los que habían pasado previamente por los sufrimientos de la Cueva podían gozar del reposo contemplativo para el que habían sido preparados mediante una severa disciplina de miedo y terror. Pero en cualquier caso esta semejanza estaba lejos de ser premeditada: el Padre Santa María era hombre sin estudios que seguramente nunca había oído hablar de los misterios de la antigüedad. Lo que sucede es que siempre se encuentra un mayor o menor parecido entre las expresiones de las mismas tendencias del espíritu humano, que sencillamente asume formas distintas bajo circunstancias distintas. Las devociones modernas no son más que una de las variadas muestras de esa múltiple combinación de fenómenos espirituales que los *frenólogos* —sin duda muy oportunamente desde el punto de vista filológico, pero probablemente sin sólido fundamento científico— atribuyen al “órgano de la veneración”.

La Cueva era el auténtico reverso de la medalla del edificio que acabo de describir. Tras bajar unos veinte escalones bajo el nivel de la calle, se entraba en una nave

(50) Este pasaje confirma una vez más que es sencillamente inexacto considerar a Blanco como hombre incrédulo y antirreligioso: el distinto impacto que en él producen las dos capillas de la Santa Cueva nos hace ver su idea de la religión. El se identifica con una religión como la que ve en la capilla alta, a cuya entrada está la amable figura del Buen Pastor cargado con la oveja descarriada, y donde todo habla de armonía y belleza, y de estímulo de los buenos sentimientos naturales del hombre. Por el contrario, la capilla subterránea con su ambiente tétrico y sus prácticas penitenciales, incluso sangrientas, le muestran una religión de temor y coacción que no es capaz de aceptar.

de regulares dimensiones sostenida a todo lo largo por dos hileras de columnas de escasa altura. A un extremo de la nave se encontraba el altar y en él un gran crucifijo. El espacio del altar estaba cercado y también al extremo opuesto de la nave había otro espacio cercado donde se hallaba una gran silla o cátedra de madera con el pupitre del director. Había tan pocas lámparas en aquel lugar que desde el asiento del director apenas se podían distinguir las caras de los oyentes más cercanos (51). Las reuniones se celebraban tres veces a la semana, siempre después de ponerse el sol. Los ejercicios piadosos eran los mismo de San Felipe Neri de Sevilla: meditación, sermón y autoflagelación, esta última la más absurda y repugnante de las prácticas católicas. Dos sacerdotes se encontraban en sendos confesonarios ofreciendo a los asistentes la oportunidad de confesar los pecados que tendrían vergüenza de decir en otras iglesias donde pudieran ser conocidos por el sacerdote.

A pesar de que por aquel entonces estaba totalmente determinado a vencer mi natural aversión por las prácticas ascéticas, no fui capaz de sobreponerme a mis prejuicios naturales como para convertirme en asiduo de la Cueva. Solamente fui en una ocasión y con el propósito de predicar. El Padre Santa María me había pedido que me encargara de aquella parte del servicio y no pude rechazar la invitación. Una vez transcurrido el tiempo dedicado a la meditación privada, durante el cual él lanzaba de vez en cuando estas cortas imprecaciones llamadas *jaculatorias*, me senté en su cátedra. La desacostumbrada circunstancia de predicar sentado y dirigirme durante cerca de hora y media, y sin notas escritas, a una audiencia invisible, es como soñar en voz alta, y en realidad creo que no agradé demasiado a los devotos asistentes. Pero fuera cual fuera el soporífero tema de mi discurso, de cuya duración no soy responsable ya que me limité a seguir la costumbre del lugar, lo cierto es que aquella buena gente conocía un método muy eficaz de despabilarse después del

(51) No sólo por falta de luz sino porque la cátedra estaba al extremo de la capilla mirando de frente al altar, es decir, orientada de la misma manera que los asientos de los asistentes, con lo cual el predicador sólo podía ver las espaldas de sus oyentes.

sermón. Es decir, en la medida que me sea posible, voy a contar lo que es la flagelación.

Inmediatamente después de mi sermón, dos sacerdotes con sendos manojos de disciplinas hechas de cuerda y dotadas de gruesos nudos, empezaron a recorrer la capilla en toda su longitud suministrando a los asistentes estos instrumentos de penitencia. Terminado el reparto se apagaron todas las luces con la única excepción de una pequeña vela encerrada dentro de una linterna sorda. Al hacerse la oscuridad uno de los sacerdotes comenzó a cantar con voz quejumbrosa una corta narración de los sufrimientos de Cristo en su pasión, en tanto que los devotos asistentes se apresuraban a despojarse de la ropa que les cubría el lugar del cuerpo que iban a azotar. Pero antes de tomar cumplida venganza de la carne pecadora los piadosos verdugos de sus propios cuerpos interrumpieron su invisible despojo para darse en el rostro una sonora bofetada en el momento en que el sacerdote cantor mencionaba la que recibió Cristo de manos del criado del sumo sacerdote. Terminado el canto de la Pasión se entonó el Miserere, que bien pronto tuvo el acompañamiento de los golpes de las disciplinas que castigaban nerviosamente la dura carne y formaban el tono bajo más extraño que pueda imaginarse. El celo de los flagelantes crecía a medida que la operación seguía su curso y puedo atestiguar que he visto las paredes manchadas de sangre en las iglesias donde tenía lugar una práctica semejante. Contra lo que pudiera suponerse, el ruido y la violencia de los azotes no disminuye cuando los versículos del salmo, cantado alternativamente por el sacerdote y la congregación, van llegando al final. He de confesar que cada vez que recuerdo el final de aquella ceremonia se me agolpan en el pecho sentimientos mezclados de indignación, compasión y desprecio. Los gritos frenéticos que lanzaban al unísono aquellas doscientas o trescientas personas, con acentos parecidos a los que las almas condenadas lanzarían al contemplar por vez primera el insondable abismo del infierno que las había de devorar, la creciente violencia de los azotes, los suspiros y gemidos en alta voz y los gritos pidiendo perdón, todo este salvaje concierto que resonaba en miles y miles de ecos por los muros y bóvedas de la capilla en medio de la más completa oscuridad, sobrepasa en horror

todo lo que los novelistas hayan podido imaginar para impresionar a sus lectores. La flagelación terminó al dar el sacerdote director la consabida señal de unas palmadas, y tras una nueva pausa de cinco minutos para que los penitentes pudieran vestirse, se abrió la linterna y se volvieron a encender las lámparas.

He descrito sin la menor exageración una práctica desagradable y repugnante, pero de ninguna manera des-acostumbrada. Los pietistas —que vienen a ser como los evangélicos ingleses, o quizás mejor como los anglocatólicos de Oxford— de todas las ciudades españolas la consideran una práctica ascética indispensable, los confesores la mandan y la Iglesia la sanciona al alabar a los santos que usaron las disciplinas de la forma más inmoderada. Pero ya es hora de terminar con este episodio y proseguir la narración de mi vida." (52).

El último viaje: 1810.

Nueve años pasarán entre esta visita a Cádiz y la siguiente y última en 1810. Durante estos años tendrá lugar su segunda crisis espiritual que le hará abandonar Sevilla primero y más tarde España y la religión católica. Para situar en su debido contexto las circunstancias de este último viaje es necesario recordar los momentos más importantes de esta crisis (53).

Empezó en 1802 cuando aparentemente todo le sonreía y tenía delante de sí una prometedora carrera eclesiástica. El 15 de agosto de 1801, a los veintiséis años, había tomado posesión de la silla magistral de la Capilla Real de la catedral de Sevilla, ganada en brillantes oposiciones (54). Algunas de las causas de esta crisis han ido quedando al descubierto a lo largo de este trabajo. Mencionemos nuevamente su concepción humanística y rousseauniana de la religión en abierta oposición a las prácticas ascéticas comúnmente aceptadas en aquel tiempo; la confesión que él consideraba como una anulación de la personalidad y el sentido del deber y una humillante rendición del propio juicio; las privaciones materiales y espirituales de los

(52) *Life*, I, pp. 85-92.

(53) Cfr. *Cartas de España*, pp. 79-124 y notas correspondientes, y *Life*, I, pp. 110-159.

(54) *Life*, I, pp. 92-107.

conventos de clausura. De hecho, de sus dos únicas hermanas, Teresa María muere en el de las Dueñas en ese mismo año, en plena juventud y sin la debida asistencia médica. Su otra hermana, María Fernanda, abandona a su madre enferma para entrar en otro convento (55). Por otro lado las lecturas de los filósofos franceses lo llevan a una oculta pero apasionada rebeldía contra la teología oficial católica (56). Su espíritu crítico y liberal se rebela contra el poder de la Inquisición que aunque ya no produce autos de fe sangrientos sigue controlando eficazmente la vida intelectual del país (57).

Ante estas circunstancias la única solución que ve es irse de España y de hecho piensa en emigrar a los Estados Unidos pero desiste de ello para no hacer sufrir a sus padres, especialmente a su madre, siempre enferma y llena de achaques. Sin embargo a finales de 1805 su situación espiritual es tan tensa e insostenible que se va a Madrid en busca de libertad (58). En la capital de España permanece hasta junio de 1808 en que se escapa de la ciudad ocupada por los franceses con dirección a Sevilla (59). Los dos años y medio de su vida madrileña son muy importantes porque en ellos descubre su vocación política y conoce a los españoles de tendencia patriótica —frente a la afrancesada— de su generación: Quintana, Capmany, Antillón, Juan Nicasio Gallego y otros. En las *Cartas de España* dejó constancia de sus recuerdos en estos años trascendentales de la vida de Madrid (60).

Al regresar a Sevilla tiene que incorporarse a la Capilla Real, pero también actúa políticamente, especialmente cuando a finales de 1808 se instala la Junta Central en la capital andaluza y con ella vienen sus amigos de Madrid. En nombre de la Universidad redacta el dictamen del alto cuerpo docente sobre la convocatoria de las Cortes, y Quintana lo encarga de la sección política del Semanario Patriótico (61). Mientras tanto, a pesar del optimismo oficial del gobierno, las tropas francesas de José Bonaparte atraviesan toda Andalucía sin resistencia y

(55) *Life*, I, pp. 110 y 120-125, y la octava de las *Cartas de España*.

(56) *Cartas de España*, pp. 122-124, y *Life*, I, pp. 111, 114-117.

(57) *Cartas de España*, pp. 41 ss.

(58) *Life*, I, pp. 127-131, y *Cartas de España*, p. 253.

(59) La huida a Madrid es el tema principal de la decimotercera de las *Cartas de España*.

(60) Cfr. especialmente *Cartas de España*, pp. 253-313.

(61) Cfr. V. LLORENS, *Jovellanos y Blanco. En torno al Semanario Patriótico de 1809*, en *Literatura, Historia, Política*, Madrid 1967.

llegan a las puertas de Sevilla. Blanco no quiere aceptar el compromiso de los afrancesados, entre los que tenía muy buenos amigos, y el 29 de enero de 1809, ante la inminente ocupación de la ciudad por los franceses, sale de su ciudad natal, para nunca más volver, con la intención de emigrar a Inglaterra. La primera etapa en el camino de su voluntaria expatriación es Cádiz, como él mismo cuenta:

“Cuando los componentes del gobierno español se vieron obligados a buscar su salvación en la huida y no pudieron ocultar por más tiempo la noticia de que las tropas francesas avanzaban hacia Sevilla sin el menor obstáculo, el pueblo entró en tal estado de consternación que una abulia general dominó a todos y nadie era capaz de tomar decisiones con respecto a lo que se debía hacer, circunstancia evidentemente propicia para que los audaces se hagan dueños de la situación. Pero yo estaba convencido de que la paralización producida por el terror no podía durar mucho tiempo, y que el pueblo se despertaría muy pronto de su inercia dispuesto a hacer que los dirigentes corrieran la misma suerte de la ciudad.

En los tres días que precedieron a la tormenta popular, tomé la determinación, y la cumplí, de abandonar España. Durante varios años había fraguado en mi interior el proyecto de irme de mi patria y de tal manera lo había hecho mío que apenas tenía pensamiento o deseo que de una manera u otra no estuviera relacionado con mi deseo de salir de España, pero siempre se me presentaba revestido con el ropaje del desaliento y cual raíz ponzoñosa sus innumerables ramificaciones ahogaban con intolerable hastío todos mis sentimientos. Sin embargo este triste panorama cambió de repente cuando con explosión incontentida de posibilidad inmediata la luz de la esperanza brilló sobre mis deseos. Ante las circunstancias del momento, aquellos que me amaban y que hasta entonces me habían cerrado todas las posibilidades de salida, dejaron de mostrar su dolor y de oponerse a mi proyecto. Mis padres en particular temían que los partidarios de José Bonaparte me ganaran para su partido. Todavía me alegro, a pesar del tiempo transcurrido, cuando recuerdo que sus fuertes sentimientos antifranceses aliviaron el dolor de nuestra separación. Tampoco sabían ellos que mi deter-

minación era no volver más a España, y estoy convencido de que los habituales recelos de mi madre con respecto a mis opiniones religiosas, y el peligro cierto en que me veía de caer en manos de la Inquisición, debió haberle suavizado de alguna manera la angustia de mi ausencia.

Su temor de que el partido afrancesado trataría de conquistarme no era de ningún modo imaginario. La noche antes de salir de Sevilla uno de mis amigos más íntimos me instó con lágrimas en los ojos a que no me fuera del país (62). Cierta persona, cuyo nombre no me reveló, le había manifestado que estaba en comunicación directa con el gobierno del rey José, y en nombre de ella mi amigo no sólo me ofreció protección, sino la concesión de especiales favores. El estaba convencido de que la campaña militar no tardaría en terminar y de que el deber de todos los hombres honrados era contribuir al establecimiento de una nueva dinastía que, puesto que contaba con el apoyo de un buen número de los españoles más ilustrados, sería capaz de levantar al país de su postración moral y librarlo del yugo clerical. Pero yo permanecí sordo a estas razones. Conocía demasiado bien la firmeza con que la superstición estaba enraizada en mi país y sabía muy bien que no era el amor a la independencia y a la libertad el que había levantado al pueblo contra Bonaparte, sino el temor que la gran masa de españoles sentía ante la pretendida reforma de los abusos religiosos. Para desgracia mía yo pertenecía a la clase culpable de la ignorancia y los incurables males morales de España: el título de sacerdote me irritaba y deprimía y, a pesar de ello, no podía quitarme esa odiosa mancha aunque intentara borrarla con mi propia sangre.

Si permanecía en España tenía que seguir siendo sacerdote y hubiera tenido que vivir en contradicción con mis propias ideas hasta el momento de mi muerte. La libertad intelectual me atraía de forma irresistible y ahora que la veía a mi alcance no había nada en el mundo que pudiera apartarme de ella.

El socio de mi padre, un irlandés llamado Beck, y su mujer, prima hermana mía, junto con otro pariente nues-

(62) Probablemente Alberto Lista o tal vez Reinoso.

tro, un fraile dominico que había vivido fuera de la Orden en un puesto del gobierno, habían decidido tomar el camino del Guadalquivir y esperar en Cádiz el curso de los acontecimientos (63). Yo me uní a la partida y a eso de las nueve de la mañana subimos a uno de los barcos sin cubierta que van hacia Sanlúcar. En aquel preciso momento nos informamos que el populacho se había alzado al otro lado de la ciudad y se acercaba en dirección al río. Tuvimos que navegar río abajo durante un buen trecho siguiendo la sinuosa corriente del Guadalquivir antes de llegar a una batería que a una milla de la ciudad dominaba parte del río. Era precisamente a esta batería a donde se dirigía a toda prisa el populacho, determinado a impedir la emigración de Sevilla. Al pasar junto a ella pudimos oír con toda claridad el batir de sus tambores pero, para fortuna nuestra, cuando llegaron a apoderarse de ella ya estábamos lejos de su alcance. No íbamos a más de cinco o seis millas por hora, a pesar de navegar en favor de la marea, y hasta el tercer día no llegamos a la desembocadura del río donde nos esperaba un barco inglés consignado a nuestra casa comercial y que venía a por un cargamento de lana. El socio de mi padre, aunque ansioso de huir de los franceses, cuyas avanzadillas podían aparecer en cualquier momento, no lo estaba menos de ver el cargamento de lana, que también venía río abajo, embarcado a salvo en el navío inglés anclado en Sanlúcar. Por esta razón nos vimos obligados a permanecer en el barco otras veinticuatro horas más sufriendo los más graves inconvenientes antes de atrevernos a pernoctar en Sanlúcar donde también parecía que en cualquier momento habría un levantamiento popular, especialmente en cuanto llegaran las noticias de la ocupación de Sevilla por los franceses, como venía sucediendo a cada avance del enemigo.

Humillar la habitual arrogancia de los españoles con el mero hecho de mostrarles que los franceses habían conseguido lo que los naturales del país, sin hacer nada para impedirlo, les habían desafiado a que lo hicieran, era una

(63) Era Lucas Beck, casado con su prima María Cahill Blanco, hija de la hermana menor de su padre, María Fernanda, y de Tomás Cahill, también irlandés, socio de D. Guillermo Blanco, y primer profesor de violín de Blanco. (Cfr. *Life*, I, p. 17).

ofensa demasiado grave para su temperamento irascible y su estúpida arrogancia. ¡Ay del desgraciado mensajero de tan malas nuevas! Un oficial español estuvo a punto de ser asesinado en Sevilla el mismo día en que, según sabía yo de buena fuente, la Junta Central había recibido la noticia de la rendición de Madrid ante Napoleón, porque sin saber que el gobierno había decidido tener engañado al pueblo el mayor tiempo posible, se había atrevido a mencionar en un café público el triunfo de los franceses. En toda Andalucía era un artículo de fe patriótica la inexpugnabilidad de Sevilla. Cuando nuestra llegada a Sanlúcar arrojó la primera sombra de duda contra tal creencia, no tardamos en darnos cuenta que no se podía perturbar impunemente la confianza de nuestros compatriotas. Por fortuna nuestra pudimos afirmar con toda verdad que los franceses no habían llegado a Sevilla cuando nosotros salimos de la ciudad, y encontramos buena excusa para nuestra huida en el ejemplo del gobierno que nos había precedido camino de Cádiz. Sin embargo no puedo dejar de acordarme de la expresión homicida de un marino que en nuestro propio barco nos contestó que tanto el gobierno como los que seguían su ejemplo merecían ser ahorcados como traidores.

Afortunadamente a la mañana siguiente el río apareció lleno de barcas de fugitivos, y a la arrogancia del día anterior había sucedido un pánico general, por lo que pudimos embarcar en el navio inglés sin ningún inconveniente. No pude ocultar mi alegría al ver la bandera inglesa en lo alto del mástil cuando empezamos a navegar rumbo a Cádiz. Mi alegría hubiera sido completa si nuestro destino inmediato hubiera sido Inglaterra, pero, a pesar de todo, mi satisfacción era tan grande que no la hubiera cambiado por el mejor obispado de España. Levamos anclas al atardecer, en medio de violentas explosiones que se podían oír a cierta distancia, y en cuanto se hizo de noche vimos con toda claridad los fogonazos que las precedían. El espectáculo duró toda la noche. El capitán del barco nos aseguró que eran descargas de artillería, por lo que dedujimos que estarían destruyendo algunas torres que había en el litoral, antes de que llegaran los franceses.

Cuando a la mañana siguiente anclamos en la bahía

de Cádiz encontramos el puerto y la ciudad en un estado de total confusión. El gobierno local había dispuesto que no se permitiera la entrada a los forasteros con la única excepción de los ciudadanos británicos. Como el capitán de nuestro barco y mi pariente irlandés iban a hacer uso de este privilegio decidí hacerme pasar también como inglés. Me prestaron una casaca de brillantes colores y adoptando el aire menos clerical de que era capaz seguí al capitán en dirección a la puerta de la ciudad. El capitán pasó primero y un fraile gordinflón que estaba allí de guardia para hacer cumplir las disposiciones del gobernador me miró y preguntó: ¿Inglis? Mi respuesta, aunque no en un inglés muy refinado, fue perfectamente idiomática, con lo que el fraile me saludó y me dejó pasar.

Una vez dentro de Cádiz estaba seguro de poder permanecer en la ciudad sin ser molestado, porque sabía muy bien de qué manera se cumplen en España las órdenes de las autoridades. Sin embargo, para no comprometer a mis huéspedes gaditanos, me presenté a uno de los magistrados que no objetó nada en contra de mi permanencia en la ciudad en cuanto le aseguré que mi intención era seguir viaje a Inglaterra en el primer paquebote.

Mi impaciencia por salir del territorio español se acrecentaba de día en día por temor de encontrar alguna dificultad que me impidiera marchar. Mis muchos amigos de Cádiz quisieron convencerme para que me quedara en España, pero todo fue inútil. Tres semanas interminables pasaron antes de que zarpara el paquebote y cuando ya estaba todo dispuesto para salir tuvimos que esperar la valija diplomática del embajador inglés, Mr. Frere, que después de haber conseguido, tras arduas conversaciones con las autoridades españolas, el permiso para que entrara en Cádiz una división de tropas inglesas, que estaban a punto de llegar, quería comunicar a su gobierno la entrada efectiva de las mismas en la ciudad.

Durante este tiempo de espera, la monja española cuya desgraciada historia he contado con todo detalle en mi libro *Evidence Against Catholicism*, vino a verme antes de mi partida para rogarme que la llevara conmigo y la salvara de ese modo de las manos de sus crueles tiranos.

Jamás podré olvidar el triste destino de esta desgraciada víctima de la superstición (64).

Tuve ocasión de ver cómo la división inglesa entraba en Cádiz por la Puerta de la Mar al mismo tiempo que las tropas francesas ocupaban la costa al otro lado de la bahía, y poco después del desembarco de los ingleses entré en mi destartalado camarote del *Lord Howard*, como creo recordar se llamaba el barco que me trajo a Inglaterra.

Si en aquellos momentos mi espíritu me hubiera permitido ocuparme de cualquier cosa que no fuera el objeto de mis ardientes deseos, tantos veces pospuestos y que ahora, por fin, había alcanzado, las condiciones del barco me hubieran suministrado suficiente material para probar mi paciencia, pero la idea de que iba a ser libre era bastante compensación para mis incomodidades. Estaba en alta mar bajo la protección del pabellón inglés, cuando al mismo tiempo que el sol empezaba a levantarse sobre el horizonte, la hermosa ciudad de Cádiz se iba hundiendo lentamente en las aguas. Una sombra de melancolía pasó por mi espíritu al pensar que nunca más volvería a ver sus altos edificios blancos, y traté de consolarme contemplando la sublime extensión del océano que se abría en inmensa soledad delante de mis ojos." (65).

En efecto, Blanco no volverá a Cádiz ni pisará nunca más tierra española. La última imagen de la patria estará unida a esta última y entrañable visión de Cádiz. Nada tiene, pues, de extraño que cuando en las *Cartas de España* el imaginario caballero español regresa a su patria tras largos años de estancia en Inglaterra, lo haga precisamente por Cádiz, y siga el camino inverso del desterrado Blanco: Sanlúcar, el río Guadalquivir y Sevilla.

Pero aunque Blanco no volverá más a Cádiz, en Cádiz durante las sesiones de las Cortes se hablará muchos veces de él siempre con apasionamiento, como si fuera piedra de escándalo. Los diputados de las Cortes no entendieron, o no quisieron o pudieron entender, las ideas políticas de *El Español*, y sobre

(64) También habla de ella, María Francisca Barreiro, en las *Cartas de España* (cfr. pp. 199-202). Prudentemente Blanco no accedió a la petición de la joven, para no dar pie a la historia del cura que se escapaba con la monja.

(65) *Life*, I, pp. 156-164.

las cuales después la historia ha dado un veredicto más justo. Pero no hay lugar en este trabajo para hablar de este otro tema, que merece detenido estudio. Con lo que hemos expuesto en éste hemos querido presentar con las mismas palabras suyas el Cádiz que Blanco vio y que tanto influyó en su vida. Creemos también que a través de sus palabras, sin olvidar que nadie es perfectamente lúcido cuando habla de sí mismo, nadie es perfectamente objetivo cuando analiza situaciones en las que se encuentra envuelto, a través de sus palabras, repito, se tiene la oportunidad de encontrar a un hombre sincero, consecuente, inteligente, cuya tragedia fue tal vez la de muchos otros intelectuales, haber nacido antes de tiempo.

Antonio GARNICA
Universidad de Sevilla.